

# ESTUDIOS

Año III Septiembre de 1935 Núm. 34



LOS DEBERES SOCIALES DE LOS CATOLICOS, por Ricardo Salas Edwards.. . . . .	1
LOS ORIGENES DE LA ORDEN MERCEDARIA, por Ricardo Montaner Bello.. . . . .	6
REFLEXIONES SOBRE EL VOTO PLURAL, por José María Cifuentes.. . . . .	20
LOPE DE VEGA, POETA CRISTIANO, por Jaime Eyzaguirre.. . . . .	27
RENAN Y EWALD, por Ricardo Cox Méndez.. . .	32
LA INGLATERRA CATOLICA DE ANTAÑO Y OGAÑO, por Carlos Peña Otaegui.. . . . .	39
EL ORDEN UNIVERSAL Y LA EXISTEN- CIA DE DIOS, por Alfredo Barros Errázuriz	59
REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS.. . . . .	66

Precio \$ 1.60

# “ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

Casilla 3746 - Teléfono 89345

Santiago

Se reciben suscripciones en las Librerías

*Zamorano y Caperan*

*Compañía 1015*

*Cultura Católica*

*Delicias 1626*



Valor de SUSCRIPCIÓN por 1 año. \$ 18.-

En venta en las principales

Librerías de Santiago y Provincias

# ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE

Casilla 3746 — Santiago de Chile

AÑO III

SETIEMBRE de 1935

Núm. 34

## Los deberes sociales de los católicos

En medio de las penurias y conflictos que agitan al mundo del trabajo sigue la Iglesia en su doble tarea de fomentar en todos los países las organizaciones sociales que han de unir al trabajo y al capital y de inculcar en la conciencia del grande y del pequeño capitalista sus deberes especiales ante el proletario.

La última y autorizada voz que nos llega de Europa es la del elocuente jesuíta Laburu que ante cinco mil oyentes quiso ser en Barcelona el altavoz de las doctrinas pontificias al respecto.

Nada más oportuno para nosotros que la lectura de esta valiente conferencia del jesuíta español. En los tiempos que corremos, de crisis espiritual y de crisis económica, las verdades más claras, los deberes más evidentes se ven oscurecidos por una pesada niebla de intereses contrapuestos y egoístas. La Iglesia que siempre ha permanecido libre e incontaminada levanta su voz serena y advierte a los católicos sus deberes en los problemas sociales.

Pero, triste es confesarlo, una gran parte pone oídos sordos a las palabras clarísimas del actual Pontífice. "Y cómo se queja el Vicario de Jesucristo—comenta el P. Laburu—de la rebeldía, ya no de los que no le siguen, por no ser sus fieles, sino de la rebeldía paliada, rebeldía tergiversada con calacias, rebeldía de los católicos, de los que dicen al Vicario de Jesucristo: "Sí, plena obediencia en las definiciones dogmáticas; a ellas infalible obediencia; pero lo restante, lo tomamos como un consejo. Y como consejo,

libre acción aun dentro del Catolicismo". A esto responde el actual Pontífice acentuando como Leon XIII el **derecho** que tiene, como autoridad suprema de la Iglesia, de "juzgar por autoridad en estas cuestiones" y de urgir sobre ellas "oportuna e inoportunamente porque tiene plenitud de poderes entregados por Jesucristo en el orden social y económico, no por lo que de social y económico tiene independientemente, sino por lo que toca precisamente **al orden moral y al orden religioso.**"

En algunos países, y entre nosotros también, hay católicos que, olvidando este directo aspecto moral que universalmente tienen los problemas del trabajo, sostienen que el Pontífice no los conoce debidamente. "Señores, exclama Laburu, este es el mal enorme del presente: la cantidad de católicos que abdican prácticamente del catolicismo".

¡Fuerzas palabras! Pero necesarias.

¿Quién no sabe que las llagas del mal social fueron señaladas magistralmente hace tantos años por Leon XIII en la *Rerum Novarum* y cuán poco caso se hizo de ellas?

Es cierto que los obreros católicos ayudados por sacerdotes y seglares, verdaderos apóstoles sociales, han hecho un inmenso trabajo desde la "*Rerum Novarum*" hasta hoy en los centros obreros católicos de Bélgica y otros países.

Pero en los medios católicos no populares ¿qué se ha hecho en el estricto campo social? Si hemos de ser sinceros debemos de responder que muy poco. "Si hace 44 años, dice el Padre Laburu en su aplaudida conferencia que lleva el mismo título de este artículo, si hace 44 años hubiésemos tenido la valentía de obedecer al Vicario de Jesucristo, no estaríamos en esta forma".

Esta conferencia del autorizado jesuita español es al mismo tiempo que una confesión de culpas, un ardoroso y elocuente llamado a la acción.

En rápida pincelada maestra, sintetiza, él, en forma popular y amena algunos de los puntos esenciales de la doctrina social cristiana: el justo salario, pues "los padres de familia, como dice la Iglesia, deben ganar lo necesario para

alimentarse a sí mismo, a la esposa y a los hijos"; la necesidad de ir corrigiendo las extremas desigualdades de la riqueza que, como dice también la Iglesia, hoy "están mal repartidas e injustamente aplicadas en las distintas clases sociales", debido al espíritu materialista de este siglo y a las doctrinas del liberalismo económico que suponiendo erradamente al hombre un ser perfecto y ajeno a las pasiones y a la codicia, deja entregado el trabajo y el comercio al simple choque brutal de todos contra todos.

Pero la caridad, se dice, puede remediar y remedia todo esto. Ella no basta decimos. Esta acción que generalmente constituye un deber de conciencia que obliga a dar a los que poco o nada poseen lo que podría destinarse a sobrecapitalizar o a darse mayores lujos o comodidades, no liberta al capitalista del estricto deber de remunerar justamente el trabajo ajeno que él emplea, ya consista esta remuneración en jornal o sueldo simplemente, ya comprenda vivienda y alimentación según los casos.

El Padre Laburú aborda francamente este tema y empieza por citar estos finos e irónicos conceptos con que el conocido Obispo de Nottingham hace el balance de lo que a veces se da como graciosa caridad y de lo que se deja de dar en concepto de justa remuneración:

"Las clases elevadas, dice el Obispo de Nottingham, gustan hablar de caridad, pero si ejercitaran ante todo debidamente sus deberes de justicia, quedarían pasmadas al ver que las reivindicaciones de la más estricta justicia eran superiores a sus pretendidas caridades".

"¿No has entendido?—exclama después de esta cita el orador ante sus auditores de Barcelona—. Te traduzco yo en forma más llana lo que dice Caridad: yo doy cuatro mil pesetas a los pobres al año; justo es. Pero si dando jornales ilícitos y estrujando al trabajador y no cumpliendo con tus deberes, tal como manda Su Santidad, has sacado veinte mil después de dar cuatro mil, todavía debes dieciséis mil".

Siempre, y desde la época de los Santos Padres hasta hoy, ha sostenido la Iglesia, con distintas modalidades de frases, estas mismas doctrinas que son las doctrinas de

Cristo y ha acentuado vigorosamente la necesidad de someterse a ellas sobre todo en épocas de pobreza y crisis económica, como la que hoy aflige al mundo, pues quienes más sufren en estos momentos son lo que menos tienen. Así como en el cuerpo humano las extremidades son las que primero se enfrían cuando se debilita la vida, así también, en el organismo social, son los pobres y asalariados las primeras víctimas y las que más tardan en recuperar su normalidad.

Y cuando este mal se agrava con el encono mental que se ha inoculado torpemente en las masas obreras la paz social se encuentra amenazada.

Por eso los grandes pontífices de estos últimos años han señalado como un remedio permanente la organización corporativa en que el capital y el trabajo, empleadores y empleados unen de una manera estable sus intereses económicos hasta donde es posible, en vez de continuar la lucha actual en que se considera por lo general, el trabajo humano como una simple mercancía. Esta idea envuelve aún el propósito, que ya van realizando algunos países europeos, de agrupar las actividades análogas de cada género de trabajo así organizado, ya sean estas actividades de carácter intelectual, comercial, industrial, agrícola, etc., etc. para que estas importantes agrupaciones tengan la debida ingerencia en la elección del poder legislativo de cada país.

Pero nada de esto puede estudiarse, ni realizarse en forma eficaz si sigue dominando el actual espíritu de antagonismo entre las altas y bajas clases sociales destinadas a unirse.

Lo que falta pues, es la infiltración de la ley divina de amor en los corazones de todos a fin de que el que posee riqueza, sea poca o sea mucha, se encuentre dispuesto a cumplir sus deberes de caridad, de protección y de justicia para con el que hoy solo se nutre y viste escasamente con su jornal y para que éste a su vez deponga sus odios de clase y se una sin ambages con los que con su mayor capacidad dirijen y remuneran sus trabajos. "El capital y el trabajo deben aunarse" dice Su Santidad. La paz y el

bienestar común "resulta de la eficaz colaboración de ambos" agrega con sobrada razón.

Por la represión violenta o por la exigencia anárquica, agregamos nosotros, nada se conseguirá sino la ruina común.

Pero mientras llega la cristiana y conveniente armonía, no olvidemos en medio de los actuales conflictos, la muy diversa situación en que se encuentran capitalistas y obreros. "Como la clase de los ricos, dice el Vicario de Cristo, se defiende por sus propios medios y necesita menos de la tutela pública, y como al pobre y al miserable le hacen falta riquezas que le aseguren esta protección, éste debe estar peculiarmente defendido por el Estado y por la Iglesia."

Ricardo Salas Edwards.

DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA  
DEL DIARIO "EL IMPARCIAL"

Atiende al público en su oficina, Huérfanos  
1250.—Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 2 1/2  
a 7 1/2.

GUSTAVO GARCIA DIAZ

Agente general exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda

Ricardo Montaner Bello

## Los orígenes de la Orden Mercedaria

Sería cosa vulgar que yo dijese aquí que de todas las ramas del saber humano, la historia es la que interesa a mayor número de personas. En el campo de la historia encuentran quehacer los investigadores, enseñanzas los hombres públicos, ejemplos los moralistas y entretenimiento y descanso los ocupados y los desocupados.

La historia concede al hombre una especie de soberanía en saber lo que ya dejó de ser, en tener presente lo que ya pasó y en asistir como expectador a lo que no pudo ver, anticipándole una vida de muchos años, sin las penalidades de la vejez ni las fatigas de una larga peregrinación.

Ahora, por ejemplo, asistimos a la conmemoración del aniversario siete veces secular de la confirmación apostólica de la Orden sagrada, real y militar de Nuestra Señora de la Merced; digo a su confirmación apostólica por Su Santidad Gregorio IX en el mes de Enero de 1235, porque en realidad, según la tradición y el sentir general, la revelación hecha al joven Pedro Nolasco para fundar una Orden, se realizó en las primeras horas del 2 de Agosto de 1218. Bajo este último aspecto, la Orden de Nuestra Señora de la Merced tiene pues a la fecha más de setecientos quince años de existencia.

Los que somos católicos y nos aplicamos al estudio de la historia de la Iglesia, nos encontramos con sorprendentes novedades, que fortalecen y afirman nuestra fé religiosa. La promesa dada al apostol Pedro por Nuestro Señor de que las puertas del infierno no prevalecerían sobre su Iglesia, tuvo doble sentido, porque le quiso decir a la vez que sería combatida y que triunfaría de sus enemigos. Esta promesa parece también haberse hecho extensiva a los institutos religiosos, porque descontando las Órdenes de carácter puramente militar, casi todas las demás se han mantenido al través de muchos siglos, su-

friendo como es natural, las composturas y reformas que los tiempos exigen. Algunas han pasado ya de una edad más que milenaria.

El espíritu lleno de fé que animaba a los cristianos de la éra medioeval, se manifestó principalmente en la fundación de numerosas congregaciones y órdenes religiosas, que perseguían cada una fines determinados y especiales; pero sin perder de vista su último objeto, que era propender a la santificación de todos sus individuos. Hubo órdenes y cofradías mixtas, que unieron a la vida caballescaca la profesión religiosa, y fueron a un mismo tiempo sacerdotes y caballeros militantes de capa y espada. Hubo órdenes que se organizaron con sujeción a las reglas de San Benito y de San Agustín, para llevar una vida contemplativa, otras se dedicaron al culto de la Virgen María, otras al cuidado de los enfermos y a obras de caridad, otras a la predicación y a la conversión de los herejes y de los paganos y en fin, otras a la liberación de los cristianos cautivos de los moros.

Es menester recordar el miserable estado a que quedó reducida la civilización después de las invasiones de los bárbaros sobre el mundo occidental, para apreciar en todo su valor el servicio que éstas órdenes religiosas hicieron a la humanidad. El espectáculo de Europa causa profundo horror; por doquiera que se mire no se ven más que los estragos de las guerras y de las convulsiones interiores; tiranías y opresión; tierras desoladas y abandonadas, miseria y angustia por todas partes, despoblación y fuga de las gentes, olvido del pasado y abandono absoluto de las letras y de las bellas artes. Fué algo así como el hundimiento simultáneo de todas las cosas, en que no quedó en pie, como elemento intangible, más que el poder espiritual. Este poder tomó bajo su protección a los oprimidos, puso diques a la violencia, fué creando poco a poco el estado de los hombres libre, y materialmente rescató a la humanidad del caos para darle otro tipo más perfecto de civilización. Estas verdades que comprueba la historia

han sido también declaradas y reconocidas por los escritores más hostiles a la Iglesia y al cristianismo.

“La vida monástica”, dice M. Renan en sus **Estudios Religiosos**, tuvo la ventaja entre otros excelentes frutos, de sustraer a la vulgaridad algunas almas escogidas, que se destinaban a una misión especial de enseñanza religiosa o de moral”.

“El que está con la civilización, escribió M. Littré en su libro **Estudio sobre los bárbaros y la Edad Media**, el que está con la civilización debe estar también con la Iglesia y con los monjes, que son la milicia de la Iglesia”.

“Los monjes, anota por su parte M. Guizot en sus lecciones de la **Civilización de Francia**, fueron los cultivadores de la tierra y la cultivaron en grande”; a lo que puede agregarse que ellos enseñaron a los campesinos a labrarla y a obtener de su trabajo un precio remunerador. Por esto, al lado de los conventos; se fueron agrupando viviendas de hombres que muchas veces, así en España como en Francia, dieron cuna a la fundación de aldeas que, andando el tiempo, llegaron a ser ciudades populosas y llenas. Según el historiador M. Martín, las tres octavas partes de las ciudades y villorrios de Francia, lo que vale a decir casi la mitad de las poblaciones del país, tienen origen monástico y otro tanto afirma M. Taine en las primeras páginas de su célebre libro **El Antiguo Régimen**.

Pero observando esta situación bajo otro aspecto, puede afirmarse también que los monjes de la Edad Media, o como se dice en términos de hoy día, el clero regular, conservó para la humanidad las letras, las ciencias y las obras maestras de la antigua literatura. En ese diluvio que sumergió a Europa bajo las olas de la barbarie, la Iglesia fué como el arca de salvación que llevó a su bordo, para entregarlos en seguida, lo más preciosos tesoros de las edades pasadas. El espíritu humano proscrito, aturcido y combatido por la tormenta se refugió en la Iglesia y en los monasterios, se abrazó suplicante de los altares, para vivir bajo su amparo y a su servicio a la espera de

tiempos mejores que le permitieran reaparecer en el mundo y respirar el aire libre. A esos hombres se debe no solamente lo que poseemos de los escritores de la antigüedad, sino además todo lo que sabemos de los acontecimientos sucedidos en Europa y de los esfuerzos del espíritu humano durante siete siglos. Las bibliotecas monásticas recogieron cuanto escrito quedó a su alcance de aquel enorme naufragio, sin distinción de ideas ni de doctrinas y los monjes se dieron a la paciente tarea de transcribir esas obras, porque de algunas sólo había un ejemplar. ¡Qué perseverancia se necesitaba para la ejecución de este trabajo anónimo, sin recompensa y sin brillo! Desde entonces viene el dicho castellano: **paciencia de benedictino**, que quiere decir **el colmo de la paciencia**. Y la paciencia es virtud cristiana.

M. Montalembert cita el caso en su libro **Los Monjes de Occidente**, de un humilde religioso que se dedicaba a la transcripción de obras clásicas de la antigüedad, que puso al final de los comentarios de San Jerónimo sobre el Profeta Daniel, estos renglones que transparentan una profunda congoja del ánimo: "Amables lectores que os servís de este trabajo, no olvidéis os ruego, al que lo ha copiado: era un pobre hermano que se llamaba Luis, que mientras trabajaba en este libro traído del extranjero, estaba aterido de frío, teniendo que terminar por la noche lo que no había alcanzado a hacer a la luz del día. Sólo Tú, Señor, serás para él la digna recompensa de sus tristes afanes".

La variedad en la fundación de tales órdenes religiosas no era efecto del capricho ni de la inconstancia, sino de las necesidades que tenía la sociedad de aquella época. La Iglesia respetaba las aptitudes, el carácter y las inclinaciones personales de cada uno de los fundadores, dejándoles el libre desenvolvimiento de sus instituciones. Cada país tenía circunstancias específicas, propias de su situación y de sus problemas nacionales. En Francia se debatía la consolidación de la unidad política, el término de las guerras intestinas entre los príncipes que se dispu-

taban el territorio y el supremo esfuerzo para echar afuera de las antiguas Galias al invasor anglo-sajón. En España lo dominaba todo la cruzada contra los moros y la reivindicación del territorio nacional.

Los árabes se habían adueñado de la mayor parte del país desde que habían puesto pie en la península a principios del siglo octavo (711) y en el siglo doce fueron suplantados por los moros, que formaban otra rama de los musulmanes. Los regnícolas que siguieron a Pelayo a las montañas, fueron lentamente reaccionando, ganando terreno, haciendo retroceder a los conquistadores africanos y reorganizando su antigua vida nacional. Vino primero el reino de Asturias, de Oviedo y de León; después se constituyó el de Navarra, independizándose de lo que se llamó la Marca de España, conquistada por Carlomagno entre los Pirineos y el Ebro, mientras que el condado de Barcelona continuó como feudatario del rey de Francia hasta mediados del siglo trece. Estos tiempos muestran una confusión tan grande en los sucesos de la península, que ciertos historiadores no han trepidado en llamarlo período de paréntesis en la historia de España.

El golpe de la conquista dividió a los cristianos españoles en dos grupos: el de los que se sometieron a los árabes y el de los que no admitieron este yugo. En el primer grupo figuraron los muladíes o renegados, que fueron los cristianos que apostataron de su fé y se convirtieron al mahometismo, de los cuales desgraciadamente hubo muchos, y los muzárabes que fueron los cristianos que sometidos a la autoridad civil de los sarracenos, conservaron su religión y por la cual sufrieron vejámenes y persecuciones. En cambio, el grupo de los cristianos que no se rindió a los árabes, grupo glorioso por excelencia, fió a su espada y no a capitulaciones más o menos graciosas, la libertad de su fé y la dignidad de su condición. En los riscos asturianos comenzaron las campañas de la restauración española, que había sido deshecha por las victorias de los jefes árabes Tárik y Muza.

Esta guerra de España tuvo un doble carácter dis-

tintivo: fué una guerra política y una guerra religiosa. Duró tantos siglos que fué, puede decirse, una lucha tradicional, en la que se sucedieron los abuelos, los padres, los hijos y los nietos durante muchas generaciones. El aspecto religioso le dió una especialidad de ensañamiento de que hay pocos ejemplos en la abundante historia de las contiendas humanas. Los musulmanes principalmente, dieron a los vencidos un trato inicuo: el cristiano que caía en sus manos, no tenía más alternativa que la muerte inmediata o el cautiverio para todo el resto de su vida. Debía despedirse de la libertad y debía resignarse a servir a su captor en condiciones prácticamente iguales a las que servían los esclavos a sus amos. No tenía ningún derecho que reclamar porque era parte de los bienes y de la hacienda de su dueño; sufría ofensas y privaciones, perdía todo contacto y relación con su familia y su consuelo era invocar la piedad del Señor para que lo sacase de este mundo.

Los hombres de ahora necesitamos hacer un esfuerzo de la imaginación para comprender todo el abismo de esas desvenuras. La calidad de cautivo de los moros fué en las guerras de España una situación tan corriente y posible que la tomaron en cuenta las mismas leyes patrias. El legislador D. Alfonso el Sabio definió su condición en las Leyes de Partida, dictando una disposición que al ser leída ahora, en el lenguaje castellano de su época, nos dá el sabor de un buen vino añejo. "Captivos son llamados por derecho, dice, aquellos que caen en prisión de omes de otra creencia. ¡Ca estos los matan después que los tienen presos, por desprecio que no han la su ley, o los tormentan de crueles penas, o se sirven de ellos como de siervos, metiéndoles a tales servicios que querrian antes la muerte que la vida".

Una luz, sin embargo, solía brillar a veces, tenuemente para los pobres cautivos, trayéndoles un rayo de esperanza con la expectativa de su rescate. Rescate era el precio de su libertad, puesto por su dueño. No cabe duda que la captura de prisioneros fué siempre para los sarracenos un botín de guerra y un incentivo para hacerla,

sobre todo en los primeros siglos de la conquista, cuando llevaron ellos la mejor parte en las operaciones de las campañas. Podían matarlos en conformidad a la legislación del Islam, pero les resultaba más utilidad reducirlos a cautiverio para las consecuencias de un posible rescate.

Los cronistas árabes dicen que el jefe Muza cuando se retiró de España, llevó consigo para mostrarlos al califa, treinta mil cautivos, entre los cuales iban doncellas hijas de reyes y cien príncipes cristianos españoles. Por exagerada que sea esta noticia, sirve para medir la magnitud del desastre y la manera atroz cómo se inició en la península esa guerra secular.

La redención de los cautivos fué, pues, una de las mayores preocupaciones durante el curso de esa guerra. Los cautivos acaudalados se redimían con sus propios bienes, pagando en el acto el valor de su rescate; pero los menos ricos y sobre todo los pobres sólo esperaban su libertad de la generosidad o de la caridad de sus conciudadanos.

Conviene advertir que esta situación era recíproca, esto es, que los españoles, desde que comenzaron a ganar terreno, también hicieron prisioneros que redujeron a cautividad, en condiciones parecidas, aunque más atenuadas en el tratamiento, de las impuestas por los sarracenos. Y algunos españoles no lo hicieron mal, como fué el caso del rey de Asturias, Alfonso III, que el año 877 pidió cien mil escudos de oro para dejar salir en libertad a Háxim, primer ministro de Mohamed, que tenía en su poder.

Se practicaba el canje de cautivos que fueran de importancia equivalente y aún se aceptaban rehenes como garantías de cumplimiento del pago acordado. El ministro Háxim dió en rehenes al rey de Asturias a un hijo, a dos hermanos y a un sobrino suyos, mientras hacía la entrega completa de la enorme cantidad de su rescate.

Los cautivos tenían el recurso de la fuga, burlando la vigilancia que se ejercía sobre ellos, pero era una aventura peligrosa, en que jugaban su cabeza, porque en este punto los dos partidos fueron inexorables en el castigo. Hav también ejemplos de manumisión de cautivos pues-

tes voluntariamente en libertad por sus amos: casos excepcionales, porque el corazón endurecido de aquellos hombres en el ejercicio de la guerra, no se prestaba para estos sentimientos de conmiseración .

La suprema esperanza, pues, de los cautivos, era la obtención de su rescate por la iniciativa y la caridad de sus paisanos .

Hasta el siglo XII no se empezaron a organizar las primeras cofradías o hermandades para colectar recursos con el objeto de auxiliar y si era posible de comprar la libertad de los cristianos que estaban en poder de los moros. Esta obra de redención, eminentemente caritativa, se hizo por extensión una obra social y humanitaria y aún se formó una clase especial de intermediarios que mantenía el tráfico con los sarracenos y agenciaba la libertad de los cautivos. Este era el gremio que se llamó de los **exeas**, compuestos en su mayoría de individuos de raza judía, que encontraron en estas empresas una oportunidad para ganar ñinero. Entre los árabes este gremio de intermediarios se denominó los **alfaques**.

Los **exeas**, fueron, pues, en Castilla y en Aragón verdaderos jefes de las expediciones comerciales que se dirigían al país musulmán, arreando como buenos recueos su recua de mulas cargadas de mercancías.

Después vinieron algunos institutos religiosos, que con espontánea y generosa abnegación pusieron sus bienes y sus personas al servicio de los cautivos y de la hospitalidad para los que mantenían la guerra contra los sarracenos.

En general, puede decirse que el siglo XII, vió nacer y extenderse por la península un extraordinario florecimiento de órdenes religiosas y militares, puesto que en el transcurso de esa centuria se fundaron las órdenes de Calatrava, de Alcántara, de Santiago, de Montegaudio, de Montesa y de San Miguel, cuyos caballeros probaron la fuerza de su brazo en la célebre batalla de las Navas de Tolosa, ganada por los cristianos a principios del siglo XIII.

Estas órdenes de doble profesión militar y monástica, tenían en aquellos tiempos un atractivo irresistible para la flor de la caballería y eran consideradas como el más perfecto estado que se podía abrazar en la vida.

La victoria de Tolosa exaltó los ánimos de los cristianos que se dieron a pensar en las mayores empresas para la extinción absoluta del islamismo en España y una de las primeras cosas era conseguir la liberación de todos los cautivos que sufrían bajo el yugo sarraceno. Esta redención de cautivos que había alcanzado algún desarrollo en el siglo XII, recibió mayor incremento desde principios del siglo XIII. Antes se invertían en esa obra caritativa los fondos procedentes de legados y los donativos que daban personas piadosas, pero sin que nadie los solicitara expresamente, ni hiciera por decirlo así una profesión de esos actos de verdadero celo evangélico.

Apareció, sin embargo, un hombre dotado de grandes condiciones espirituales y morales, de una exquisita sensibilidad afectiva, que sintió como en carne propia todo el dolor y el sufrimiento de los cristianos que morían en el desamparo y en el olvido de su cautiverio. Desde pequeño cumplió con el gran precepto de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos y enderezó su vida por este sendero que conduce a la paz y a la bienaventuranza. Fué hijo de padres que tenían fortuna, que eran virtuosos y que habían ganado distinciones en el ejercicio de las armas.

Se ignora sin embargo, la fecha de su nacimiento, aún cuando algunos autores la fijan más o menos en el año 1188, y es incierto el lugar de su nacimiento, que unos señalan en la península Ibérica, en un punto lindante de Barcelona y otros le dan por patria el pueblo de Castelnau-dary, en la antigua provincia francesa del Languedoc. Según esto, pues, no hay fijeza para atribuirle su verdadera nacionalidad. Se llamaba Pedro y era miembro de la familia Nolasch, de origen catalán, que castellanizándose pasó a ser el vocablo Nolasco. Vivió en Barcelona desde la infancia y en esa ciudad recibió su educación.

Desde muy niño, y antes de llegar al uso de la razón, dice el acucioso historiador mercedario fray Faustino Gaxulla, daba con facilidad y gustoso a los pobres cuanto tenía, y más tarde, al ver el trato inhumano que los musulmanes infligían a los cautivos, resolvió destinar a su redención los bienes que había heredado de sus padres. Tenía costumbre de levantarse antes de amanecer, para ir a rezar maitines con los monjes en el convento más cercano de su casa y en el día se entregaba frecuentemente a la oración: cuando llegó a la pubertad hizo el voto solemne de no contraer matrimonio ni romper nunca su celibato voluntario. Agotados los recursos de su hacienda que había invertido en la redención de cautivos, de los cuales libertó más de ochocientos, se dió a la tarea de pedir limosnas por las calles y los campos de puerta en puerta, para continuar en su empresa redentora. Ni las tempestades de la naturaleza, ni la fatiga del cuerpo, ni las repulsas violentas pudieron doblegar su espíritu empapado en ése heroísmo de caridad.

Su ejemplo atrajo la simpatía de otros jóvenes que reunidos con él, formaron un centro recaudador de limosnas y de especies destinadas al mismo objeto de redimir cautivos. Hasta se hicieron comerciantes para lucrar con los moros y aplicar las ganancias que podían obtener en el intercambio de artículos, al fondo de la redención. Esta vida agenciosa de Pedro Nolasco que era también de grande utilidad pública, fué santificándole a los ojos del Señor y predisponiéndolo a recibir sus gracias.

El historiador mercedario ya citado, reproduciendo a su vez la narración de otros historiadores de siglos pasados, describe como sigue una misteriosa aparición que tuvo Pedro Nolasco el 2 de Agosto de 1218: "Después de las vigiliass y preces acostumbradas, le pareció ver una multitud maravillosa de hombres que iban a su encuentro llevando en medio cierta matrona insigne, admirable por su aspecto y su porte, acompañada de un coro hermosísimo de vírgenes. Conoció plenamente que aquella era la Virgen María, quien le dirigió la palabra, e ilustrado

interiormente por una luz celestial, oyó de ella la siguiente revelación: "Que la obra de redimir cautivos, a la cual él se aplicaba, era muy agradable al Señor, habiéndose de fundar una orden religiosa cuyos individuos imitarán el ejemplo de Jesucristo, redimiendo a los cristianos que los infieles tenían cautivos, de tal manera que se dieran a sí mismos en prenda, caso de ser esto necesario para consumir la obra santísima de ponerlos en libertad".

El nuevo instituto habría de llamarse Redención de Cautivos de la Beata María de la Merced, y según los más vetustos códices, la Santísima Virgen le mandó que él fuera el primero en vestir el hábito de esta orden y su primer fraile, manifestándole que tal era la voluntad de Dios.

Pedro Noasco se dedicó desde entonces a esta nueva diligencia y el mismo año 1218, contando con la protección y el apoyo del rey Jaime 1.º de Aragón, con la asistencia de Raimundo de Peñafort, dominico, que después fué canonizado, y del Obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, fundó en esta ciudad la orden que se denominó en los primeros tiempos Orden de Santa María de la Merced de los Cautivos.

La ceremonia de la fundación debió de ser señalado acontecimiento. "Si fué grande, dice el historiador mercedario, la admiración cuando unos cuantos hombres sólo por caridad vendían primero sus bienes y recogiendo limosnas en las iglesias, devolvían, exponiendo sus vidas, considerable número de cautivos al seno de sus familias, no debió ser menor la alegría al ver que aquella obra llegaba a tener estabilidad, comenzando a ser desde entonces el ministerio principal de una orden religiosa".

El acto comenzó con una lucida procesión, siguió la misa pontifical, celebrada por el Obispo Palou, predicó Fray de Peñafort, y al llegar al ofertorio el rey juntamente con el obispo impusieron el hábito a Pedro Nolasco y a sus primeros compañeros. Estos pronunciaron el cuarto voto peculiar de la nueva Orden, según el cual se cons-

tituirían en rehenes en poder de los sarracenos para liberar a los cautivos.

Esta institución no se compuso al principio más que de religiosos caballeros, o sea, de simples legos, como lo era entonces el propio Pedro Nolasco, pero más tarde ingresaron religiosos sacerdotes para la administración de las cosas espirituales. Pedro Nolasco tomó después las órdenes sacerdotales. En aquella fecha se hermanaban perfectamente el monacato y las milicias, porque eran el resultado natural de sus necesidades y los monjes-soldados no solo esgrimían la espada en los campos de batalla, sino que practicaban diversas obras de beneficencia y de misericordia. En realidad, pues, la nueva orden tuvo investidura militar, y aún cuando no formó escuadrones numerosos de guerreros como los calatravos, no dejaron sus frailes de hacer uso de las armas, y de prestar buenos servicios en la guerra: concurrieron a la conquista de Valencia y estuvieron presentes en la desgraciada expedición contra Almería en 1309.

Los primeros mercedarios recibieron para convento y cuartel un ruinoso y extenso caserón destartalado, llamado hospital de Santa Eulalia, que tuvieron penosamente que trabajar y disponer para su objeto. Los comienzos de la vida en común fueron difíciles y duros y se hizo necesaria la constancia y la virtud de Pedro Nolasco para organizar y fundamentar el nuevo instituto. sin perder de vista su primitivo fin, que era la redención de los cautivos.

Varios fueron los nombres que tuvo o que dieron en los primeros cien años de su existencia. Fué llamada **Orden de Santa Eulalia**, por el local que ocupó en sus primeros años. **Orden de San Agustín**, por las reglas de constitución que adoptó cuando fué confirmada por la Santa Sede, **Orden de los Cautivos**, **Orden de Santa María de la Merced de los Cautivos** y **Orden de Santa María de la Misericordia**. La modernización de su nombre actual se debió al cambio de las condiciones de la sociedad española con el triunfo completo sobre los moros y sarracenos,

porque llegó un día en que no hubo más cristianos que libertar ni redimir.

No es posible calcular cuánto hizo la Orden en la redención de los cautivos. No hay estadísticas ni apuntes que puedan servir de consulta. Las redenciones se hacían cada año o cada dos años, según las posibilidades, dejándose correr el tiempo necesario para reunir dinero o para pagar las deudas que se contraían. El temor de los mercedarios era que los cautivos, perdieran sus esperanzas de libertad y apostataran de su fé cristiana: entónces daban cumplimiento a su cuarto voto, poniéndose en rehenes en lugar del cautivo. Muchos mercedarios soportaron largas prisiones y otros murieron en ellas. El padre Lorenzo Company estuvo más de 16 años en duro cautiverio porque la Orden no pudo juntar lo suficiente para su rescate y cuando lo obtuvo pidió él mismo que se redimieran a otros cautivos en su lugar.

El precio era tasado según la calidad del cautivo: había rescates de 10, de 30, de 50 y de 100 mil escudos de oro. Los soldados y demás cautivos ordinarios costaban barato, de 300 a 600 escudos; las niñas y los niños de menos de 16 años se cotizaban sobre mil y sobre mil quinientos escudos; los capitanes, los sacerdotes, los caballeros y las señoras tenían tarifas variables, según las circunstancias y los datos que hubiera de ellos. Algunos rescates eran excesivamente caros.

La historia de la Orden durante los diecisiete años que mediaron entre su fundación y su confirmación por Su Santidad, pasa por una obscuridad impenetrable. hle. escribe el autor mercedario que hemos venido siguiendo. Fué como la germinación secreta de las plantas que parecen concentrarse y recogerse antes de producir el botón en que se abre la flor.

La Orden funcionó desde el primer día como verdadera orden religiosa, porque lo fué realmente, al ser aprobado su establecimiento con el beneplácito y la bendición del obispo de Barcelona, que tenía facultades canónicas para hacerlo; pero necesitaba de todas maneras la alta

confirmación de la Santa Sede para los efectos definitivos de su propagación y reconocimiento en el seno de la comunidad católica. El Papa Gregorio IX la confirmó en su bula *Devotionis vestre* el 17 de Enero de 1235, a la que siguieron otras confirmaciones de pontífices posteriores.

Allí quedó terminada la obra de Pedro Nolasco y realizado el mandato de su revelación. Podía ya descansar para morir en paz. La Iglesia ha elevado a la santidad a ese insigne varón y desde entonces figura en los altares como San Pedro Nolasco. Su Orden se ha esparcido y se ha esparcido, rebasó la España, se estableció en otros países de Europa, atravesó los mares para ir a otros continentes, vino a América en los primeros tiempos de su descubrimiento, acompañó por todas partes a los capitanes españoles y dos de sus miembros vinieron a Chile en la expedición frustrada de Diego de Almagro, hace justamente cuatro siglos. La sombra del santo fundador protege por doquiera a sus hijos.

(Continuará).

## “EL IMPARCIAL”

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones. — No explota  
la crónica roja

José María Cifuentes.

## Reflexiones sobre el voto plural

El sufragio universal—no por lo que tiene de universal, sino por lo que tiene de igualitario—se presta a las más graves objeciones y ofrece los más serios inconvenientes.

La igualdad para ser justa y razonable, no puede ser aparente, sino real. La aparente, es la que más comprende el vulgo, pero con frecuencia es una desigualdad efectiva y en todo contraria a la justicia y a la razón.

Un ejemplo nos patentizará cuál es el verdadero concepto de la igualdad: el de los impuestos antiguos comparados con los modernos.

Antiguamente se vió la igualdad en la capitación: era la igualdad aparente. Todos pagaban una suma igual; pero por eso mismo pagaban los pobres mucho más que los ricos. Entonces se pensó en la proporcionalidad y esa base imperó más de medio siglo en las legislaciones. Se vió, después, que todavía era poco equitativa la igual de la proporción y se llegó a la progresividad, en la cual ven la mayoría de las legislaciones modernas la única igualdad aceptable y verdadera.

Pero si se ha avanzado tanto hacia la igualdad efectiva en esta materia, en otra, el derecho ha permanecido estacionario, hasta el punto de revestir una forma tan elemental y absurda que pugna con las más claras nociones de la verdadera igualdad y con las más evidentes conveniencias de la organización política: es en el régimen del sufragio.

La delicada función pública de designar a los mandatarios electivos de la Nación, indudablemente puede ejercitarse con mayor o menor discreción, con mayor o menor probidad, con mayor o menor interés por el buen acierto. Admitiendo la universalidad de esta función, no podemos admitir la igual competencia para su desempeño y suponemos que nadie podrá sostenerla seriamente.

Podrá decirsenos que estas aptitudes, como que son

aptitudes morales, no son fáciles de medir; pero ciertamente sería imposible que se nos negase que esas aptitudes son profundamente desiguales en los diferentes individuos.

Instrucción, experiencia, conocimiento de los hombres, dignidad moral, interés por el buen gobierno, todas estas y muchas otras condiciones que necesariamente influyen en el acierto de la elección, se hallan repartidas entre los posibles electores en grados muy diferentes, hasta tal punto que seguramente podrá verse el caso de que uno solo de ellos esté mejor capacitado que otros mil en conjunto, para desempeñar útilmente su función electoral.

Si esto es así, nada puede ser más injusto ni más contrario al interés público que dar el mismo valor al voto de ese elector eminentemente preparado que al de cada uno de los otros mil que suponemos y lo son, mucho menos conscientes o mucho menos dignos.

Todavía más, lo natural es que los hombres selectos y muy bien preparados para desempeñar su función electoral, están en proporción bien reducida respecto de la turba multa, de aquellos que no tienen conocimiento, ni experiencia, ni son capaces de apreciar como es debido, así los diversos programas de los partidos, como los diversos méritos de los candidatos.

De esto resulta que aplicar al régimen electoral el método, por todo extremo burdo de la capitación, es tan inaceptable como aplicarlo al régimen del impuesto y que si bien no podemos introducir en él las fórmulas más o menos matemáticas de la proporcionalidad o de la progresividad, debemos siquiera buscar algún contrapeso que nos aparte, en lo posible, de aquella igualdad ciega y profundamente desigual, para acercarnos por lo menos a una solución más conforme con la razón, la justicia y el bien público.

Porque, aparte de ser el sufragio universal igualitario tan contrario a las primeras, es, además, inmensamente peligroso para el último. No sin razón un escritor francés contemporáneo ha dicho que "el sufragio universal es la religión del número y la fuerza del número es la barbarie".

La verdad es que ese verdadero caos político en que se debaten hoy los pueblos eslavos, germánicos y latinos; esa inestabilidad de sus gobiernos; esa crisis de la vida pública que ha hecho caer a varios de ellos en la dictadura y a otros en un estado de constante agitación y de permanente inseguridad, no tiene explicación más clara que la de que es funesto el predominio de las masas y la de que necesariamente se ha de llegar a un desastre por el camino de hacer prevalecer la cantidad sobre la calidad.

Sólo el mundo anglo-sajón, ha podido soportar sin graves perturbaciones este régimen, debido, tal vez, a la cultura de sus clases inferiores y a su profundo sentido político, que verdaderamente puede estimarse como una característica privativa de esa raza. No se crea tampoco que en Estados Unidos y en Inglaterra haya carecido el sufragio universal de ese poderoso, pero lamentable correctivo de la venalidad, a que ha dado impulso y pretexto la fuerza misma del absurdo igualitario.

Pero es sobre todo en los pueblos latinos donde el peligro se presenta sin ningún contrapeso que modere su acción disolvente, y creemos con bastante fundamento, que el proceso lógico de la aplicación de este régimen en una forma integral y pura, conduciría fatalmente a nuestras democracias al régimen comunista.

Por evidente y sólidas que sean las razones que abonan el derecho de propiedad, es claro que ellas no pueden tener prácticamente la misma fuerza que los intereses y los apetitos de la multitud, aún suponiéndola capaz de pesar los fundamentos y las ventajas de aquel derecho.

El número de los que poseen una fortuna por lo menos mediana, es naturalmente muy inferior al de los que poseen poco o nada; como reflejo de la reducida proporción en que se hallan distribuidos entre los hombres el talento, la salud, el carácter, la laboriosidad, el espíritu de economía, y todos los factores que contribuyen a la acumulación de la riqueza.

Los que no la han obtenido fácilmente se dejan suggestionar por la esperanza inmediata de conseguir una situación superior a la que tienen, aunque la razón y la ex-

perencia pudieran al cabo demostrarles que esa situación sería transitoria y que luego caerían en otro peor que la pasada.

No es la razón la que gobierna las acciones de la mayoría de los hombres. Más que ella pueden la codicia, la envidia, el interés y mil otros móviles que actúan con fuerza tanto mayor cuánto menos contrapeso encuentren en las fuerzas intelectuales y morales capaces de moderar las pasiones humanas.

Así, pues, este modo de generación de los poderes del Estado llamados a dar las leyes y a aplicarlas, necesariamente debe producir en el orden político, gobiernos y legislaturas menos que mediocres, y en el orden social y económico, instituciones inclinadas a violentar los derechos más fundamentales y a destruir aquellos otros en que se fundan la prosperidad y la riqueza de las naciones.

Parece indudable que es preciso corregir estos males en su raíz; ya que otros correctivos, o son censurables en si mismos, como la venalidad del sufragio y la intervención gubernamental en las elecciones, o son de todo punto insuficientes, como los diversos perfeccionamientos ideados para mejorar los mecanismos legislativos o para hacer más eficiente y acertada la acción de los gobiernos.

No divisamos nosotros ningún medio más adecuado, ni más justo, ni más razonable para obtener efectivamente esos objetivos, que la adopción del Voto prural; es decir, la atribución de votos suplementarios a los electores que reúnan ciertas condiciones sobresalientes, de aquellas que permiten suponer una mayor idoneidad para el desempeño de la función electoral.

Este sistema fué implantado en Bélgica en 1893; pero en una forma por demás restringida, que apenas influía tenuemente como contrapeso a la igualdad absoluta del sufragio.

A nuestro juicio, podría adoptarse, sin embargo, en sus bases generales dando una eficacia algo más efectiva a las calidades principales que justifican una mayor influencia electoral. Esas calidades son la de ser jefe de familia, la de tener una cierta independencia económica y

la de poseer títulos que acrediten una especial capacidad intelectual. No desconocemos que existen otras circunstancias muy atendibles para pluralizar el sufragio; pero como temen algunos que el sistema resulte complicado, preferimos simplificarlo en cuanto sea posible.

La calidad de jefe de familia nos parece de las más calificadas para otorgar una mayor influencia electoral; porque ella impone graves responsabilidades, suscita un innegable y positivo interés por el buen gobierno y el porvenir del país, confiere la representación civil y la dirección moral de un núcleo de personas, el más fundamental y respetable del organismo social, y va acompañado ordinariamente de un criterio más formado y más consciente de los deberes y derechos del ciudadano.

La calidad de propietario, por más que se trate de presentarlo como un título antipático ante la opinión del vulgo, es evidentemente uno de los más atendibles e importantes para otorgar votos suplementarios al elector. Por de pronto, ella va acompañada casi siempre de una mayor independencia, que aleja las probabilidades de la corrupción electoral. Supone, además, un interés especial y perfectamente legítimo en la conservación del orden público y del régimen legal. En seguida, implica, en la gran mayoría de los casos, una serie de cualidades morales que merecen pesar en el ejercicio de una función cuyo buen acierto depende precisamente de la prudencia, de la previsión, del buen juicio y del carácter, es decir, de aquellas condiciones que son la base de la formación de la fortuna. Por último, nada es más justo que dar siquiera alguna mayor influencia a los que con su dinero y con su esfuerzo contribuyen a mantener las finanzas nacionales, y con ellas, todas las actividades del Estado.

Llamamos francamente y especialmente la atención a este último punto, porque nada es más contrario a la justicia y a las bases mismas del régimen democrático que el sistema por el cual unos son los que votan el impuesto y otros los llamados a pagarlo. Estos, que constituyen ordinariamente el menor número quedan enteramente a la merced de aquellos y su situación se agrava

todavía más, precisamente con la adopción del principio de la progresividad en los tributos, puesto que aplicando esta norma, suele suceder que un pequeño grupo de ciudadanos soporta casi toda la carga de ciertos impuestos. Uno de los principios básicos del derecho público inglés, adoptado en todos los pueblos verdaderamente libres, es el de que los impuestos sean consentidos por aquellos que están llamados a pagarlos, y un régimen electoral que reduce los representantes de estos ciudadanos a una minoría p<sub>u</sub>erquénisima e indefensa, viola abiertamente aquella gran norma de equidad y de libertad.

Por último, la calidad que se funda en una mayor preparación intelectual no necesita explicación alguna, si se atiende a que el buen desempeño de una función pública de tal entidad e influencia, como es la función electoral, requiere condiciones de capacidad intelectual bastante serias y en todo caso se asegura, por regla general, tanto más, cuanto más elevada y completa sea la mencionada capacidad.

Aun cuando las razones que hemos dado nos parecen suficientes para fundamentar nuestra tesis, no queremos terminar estas reflexiones sin hacernos cargo brevemente de las dos únicas objeciones que han sido formuladas al voto plural.

Es la primera, que se trata de un sistema empírico, que no obedece a una fórmula sencilla y matemática, deducida de una teoría científica.

La verdad es que la teoría es perfectamente científica. Se funda en razones claras y poderosas. En cuanto a su aplicación, evidentemente debe ser empírica, como la de todas o casi todas las doctrinas políticas.

Nada hay más absurdo que pretender aplicar los métodos matemáticos a la sociología, y el peor de los sofismas sera aquel que condene una buena doctrina política so pretexto de que no puede aplicarse por medio de fórmulas rigurosamente matemáticas.

En política todas las aplicaciones adolecen de cierto empirismo. ¿Por qué se elige un Diputado por cada treinta mil habitantes? ¿Por qué no se elige uno por cada diez

mil o por cada cien mil? ¿Empirismo inaceptable o simple necesidad de interpretar prudentemente la institución representativa?

Hemos hablado incidentalmente del impuesto progresivo. Pues bien, ¿qué fórmula rigurosamente matemática se ha seguido en sus variadísimas aplicaciones? ¿No se ha repetido cien veces que lo único que se busca con él es una aplicación práctica, realizable, prudencial, de una buena doctrina?

Si una doctrina es justa, no deja de serlo porque sea imposible aplicarla con absoluta perfección. Y si frente a esa doctrina justa hay otra de aplicación más fácil, pero de injusticia notoria, hemos de preferir aquellas soluciones prácticas que más se acerquen a la primera y que más se aparten de la última.

Para nosotros, el sufragio universal igualitario es una solución sencilla en la práctica, pero doctrinalmente la más empírica de todas, puesto que consagra un cúmulo de injusticias. Bastaría preguntar ¿cuál es la medida del privilegio efectivo e injustificado que se otorga a un elector inconciente o indigno si se compara con el derecho igual que se reconoce al más digno y conciente de los electores? Lo único que podemos asegurar es que la injusticia del voto igualitario es mucho mayor que la que puede existir en el voto plural.

La otra objeción, es que el voto plural, después de haber existido en Bélgica durante un cuarto de siglo, ha sido derogado. Lo ha sido no porque hayan perdido su valor las razones en que se funda, sino por consideraciones políticas de otra índole que obligaron a aceptar esta exigencia del Partido Socialista. En todo caso, por todo lo que hemos expuesto, estimamos preferible el ejemplo que en esta materia nos dió Bélgica antes de 1919, que el que nos ha dado después.

Jaime Eyzaguirre

## Lope de Vega, poeta cristiano

“Yo nací en dos extremos que son amar y aborrecer; no he tenido medio jamás...”, escribía en 1617 el celebrado Lope de Vega, cuyo centenario ahora rememora el mundo de las letras. Y a fuer que tenía razón el poeta pues ¿qué fué su vida sino una candente hoguera de amores enfocada muchas veces al fango de lo sensual y terreno aunque también no pocas elevada a la altura de los cielos?

Decir Lope de Vega es decir pasión, es hablar de extremismos, de pecado y de virtud, de bajeza y santidad. Porque Lope, a fuer de español, lleva dentro de sí un pícaro y un santo, un Guzmán de Alfarache y un San Juan de la Cruz.

Ni hay hombre perfecto ni tampoco lo hay totalmente dejado de la virtud. La vida no es más que el continuo suceder en la voluntad de ese anhelo de pureza y posesión de lo absoluto y de ese lastre de animalidad y sensualismo. ¿Quién como Lope exhibe mejor las antípodas de esta cruel existencia de báscula?

Entre afrentosas caídas y sinceras reacciones se suceden los años del Fénix de los ingenios. Lazos culpables le atan y él se deja asir; el amor le pierde. Un ferviente deseo de reparación a la Divinidad Misericordiosa ultrajada, le libera de la opresora cadena; el amor le salva. Cual la Magdalena contrita busca con ansias la pureza perdida y se acoge a la voz del Maestro: “Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho”.

Entonces el temperamento erótico huye para dejar su sitio al místico y compone sollozante los “Soliloquios amorosos de un alma a Dios”, “obra importante para cualquier pecador—son sus palabras—que quisiere apartarse de sus vicios y comenzar vida nueva”. Y cuando otros pecados vienen en el correr del tiempo a ensuciar a Lope, ya sacerdote, redacta una más sentida edición de su obra. “Por mías—declara esta vez al Duque de Sessa—no debo esti-

mar esas prosas; por haberlas escrito con tanta devoción y lágrimas querría que aprovecharan a otros". Su dolorida súplica a Cristo sabe ser la de un artista cristiano:

"Deseo daros mi vida  
y sin vos no es daros nada  
porque con vos va ganada  
cuanto sin vos va perdida

.....

"¡Qué de veces os negué  
por confesar mi locura  
a la fingida hermosura  
donde no hay verdad ni fé!

.....

"Vida de toda mi vida  
--no de toda, que fué loca—  
pero vida de esta poca  
a vos tan tarde ofrecida".

"Sin pararse, sin detenerse nunca, pero también sin precipitarse jamás—observa José Bergamín—va siguiendo Lope su vivir y su quehacer, eterno, de la vida. Desde el primer ímpetu que le lanzara hacia los cielos. Como si este ímpetu providencial le hubiese lanzado expresamente para que cumpliera con su perfección, y para nuestro ejemplo, el primer mandato divino: "amarás a Dios sobre todas las cosas". Lope quiere ir amando todas las cosas para poder así traspasarlas amorosamente hasta el amor de Dios. Toda su vida es este amor. Este divino efecto de la gracia. Todas sus obras son este mismo amor. Todas sus obras son amores. Y esta voluntad que le determina por la gracia a vivir de este modo tan exclusiva y exclusivamente amoroso es aquella hondísima voluntad humana que tiene su raíz invisible en la divina. Lope quiso e hizo esta santísima voluntad suya, toda su vida. Hizo su santísima voluntad en todo. Porque toda su vida y sus obras verifican esta coincidencia santísima de lo humano con lo divino. Decir, por eso, que Lope, la persona, la personalidad de Lope, es la de un poeta católico parece-

ría pcco. Habría que decir más. Y se diría, al modo también de aquel donaire suyo, que ésta, por humana, por demasiado humana, por divina, figuración viva de nuestro Lope nos parece, sencillamente, la del catolicismo en persona”

Sin llegar a las altas cumbres de la teología ni pasar tampoco por un redomado exégeta Lope sabe sin embargo incorporar a su obra poética lo fundamental de aquella y hacerla descender con la narración bíblica al corazón de los españoles. Las tesis de la Eucaristía y de la Inmaculada Concepción de María le ocupan con preferencia y sabe en ellas desenvolverse aún a satisfacciún de los doctores salmantinos. Su sed de amores la satisface en la Santísima Virgen, “que es—escribe en 1611—la verdadera dama para un hombre de mi edad. Pluguiese a Dios lo hubiese sido siempre”. Y trasportando al verso el decir bíblico canta:

“Divina seres, celestial María  
 Diosa del trigo, que sembró en tu pecho  
 de Dios el dedo que tus campos labra;  
 trigo que en piedra de la cruz deshecho  
 formó aquel pan de néctar y ambrosía,  
 que baja a Dios, de Dios a la palabra:  
 De tus sagrarios abra  
 mi humilde voz la soberana puerta  
 pues la del cielo abrió la humildad tuya...”

Pero el género literario-religioso en que el poeta vierte todo su contenido místico es el de los “autos sacramentales”. Verdad es—dice Arturo M. Cayuela, en una interesante conferencia acerca de este tema—que en los “autos” de Lope no domina aquel simbolismo amplio y potente que en los de Calderón enlaza por extraño modo el mundo real y el de la idea, cuanto alienta y vive en la mente, en la naturaleza o en la historia; verdad es que en Lope la alegoría es más superficial y la composición y trama ideológica menos filosóficamente calculada: pero quizás por eso mismo serían más asequibles al público de nuestros tiempos: pues si ceden a los calderonianos en el alcance de la idea, los superan en evidencia poética de

forma y en íntima ternura de sentimiento; penetran, quizás más hondo en la compleja psicología del corazón humano y encarnan con más visible naturalidad el pensamiento dogmático en los moldes concretos de la imagen y de la alegoría; por donde, sin tanta sutileza fatigosa de conceptos ni tanta cita expresa de tantos, alegados eruditamente por el teólogo más que por el artista, se trasladada a los oyentes sin violencia y casi sin sentir, a un ambiente de sobrenaturalismo cristiano, donde el hombre de fe se siente en su elemento y donde las ideas, las alegaciones bíblicas, las alusiones se vienen por si mismas y todo parece efecto de una intuición religiosa-artística del vate español”.

¿Quién no leerá, por ejemplo, con intensa emoción estos delicados versos del “auto” “El pastor ingrato”, en que el poeta muestra el desprecio del mundo por Jesucristo. que en vano procura hacerse oír entre los hombres?:

“Pasos de mi dulce amor  
 por quien a morir me inclino:  
 ¿dónde lleváis peregrino  
 a Quien ayer fué pastor?  
 Mas, como de voluntades  
 ingratas siempre me quejo,  
 las altas montañas dejo  
 y vengo a ver las ciudades,  
 y a saber por qué se esconden  
 de mis voces celestiales;  
 por qué son los hombres tales  
 que aún buscados no responden”.

¿Y qué decir de estas bellísimas estrofas con que Lope inicia el “Auto de la Maya”, que cualquier vate moderno quisiera tener por suyo?:

“Hombre y Dios puesto en la cruz,  
 José divino vendido,  
 cordero inocente muerto  
 del mundo al mismo principio,  
 Isaac obediente al padre,  
 sacrificio puro y limpio,

Salomón puesto en su trono,  
 capitán de Israel invicto,  
 sierpe contra aquella Sierpe,  
 César en su triunfo altivo,  
 árbol de fruto estimado,  
 trigo para pan bendito:  
 Cristo, Dios, Hombre, José,  
 Cordero, Isaac, Sacrificio,  
 Salomón, Capitán, Sierpe,  
 César triunfante, Arbol, Trigo:  
 Vos sois aquel Cupido  
 de amor vendado y por amor vendido”.

¿O estos otros versos del mismo “Auto” cantados a  
 Cristo Eucarístico?:

“Rosa de rosa nacido,  
 Lirio entre espinas hallado,  
 Trigo blanco en Cruz molido,  
 del dedo de Dios sembrado,  
 echad mano a este costado  
 y dadnos alguna cosa,  
 cara de rosa.

Echad mano, aunque clavada  
 a la Cruz, que es bien que pueda,  
 y aunque del clavo pasada,  
 no se os caiga la moneda.  
 Dadme una blanca que exceda  
 los tesoros y las joyas,  
 cara de rosa”.

Y un día le llega también a Lope su hora. Entonces, en los umbrales de la eternidad, el mismo que al recibir el subdiaconado de manos del Obispo titular de Troya había dicho con razón que “sólo por Troya podía ordenarse hombre de tantos incendios”, sabe arder ante la Divinidad en místico amor y sincera contrición y murmurar al oído de su amigo Montalván, que lo recuerda, “que la verdadera fama era ser bueno y qué él trocara cuantos aplausos había tenido por haber hecho un acto de virtud más en esta vida”.

Ricardo Cox Méndez

## Renán y Ewald

Respuesta a D. Antonio Pinto Durán

Con este título, Renan y Ewald, D. Antonio Pinto Durán, a quien no tengo el honor de conocer personalmente, publicó el 15 de Agosto en la página editorial de "El Mercurio" de Antofagasta un artículo sobre la conferencia que dicté el 8 en el Teatro Miraflores de Santiago, titulada: "Entre racionalistas: la "Vida de Jesús" de Ernesto Renan y la ciencia alemana, en 1863".

Si yo hubiera tenido oportuna noticia de este artículo lo habría contestado en el acto; y los lectores de "El Mercurio" podrían haber conocido esta respuesta diez o doce días antes. Pero, el recorte de ese diario con el aludido artículo, aunque me fué remitido de Antofagasta el mismo día 15, sólo ha llegado a mis manos ayer tarde.

\* \*

No ha sido discreto ni prudente el señor Pinto Durán al juzgar mi conferencia por el solo extracto que de ella publicó "El Diario Ilustrado" el día 9; tanto más cuanto que al pie de ese mismo extracto, el diario anunciaba que la publicaría en su texto íntegro el Domingo siguiente.

Si el señor Pinto Durán hubiera esperado tres días, habría conocido mi trabajo en su texto completo; habría podido juzgarlo con pleno conocimiento de causa, y habría evitado la serie de errores (vulgarmente, planchas) que paso a señalar en el orden en que ellas aparecen en el aludido artículo.

### Primer error

Dice el señor Pinto Durán: "Que un escritor católico trate de plagiario a Renan resulta, pues, tan impertinente—y tan sectario—como si un escritor anti-católico tachara de plagiario a Bossuet o a Lacordaire".

No he sido yo quien ha tratado de plagiarlo a Renan: es el propio señor Ewald, a quien el señor Pinto Durán califica de "alta cumbre del pensamiento humano"; aunque se advierte, con solo leer el artículo del señor Pinto Durán que no conoce las obras de Ewald.

En efecto, señalando Ewald los rasgos contradictorios de la fisonomía de Jesús trazados por Renan, dice:

"Si ahora volvemos a lo que la obra del escritor puede contener de bello y de bueno, notaremos que todo ha sido sacado de fuentes alemanas, y que no es otra cosa que el fruto de los más recientes trabajos de la Alemania . . ."

Como si esto fuera poco, el P. Augusto Gratry, profesor de la Sorbona y miembro de la Academia Francesa—"alta cumbre del pensamiento", por consiguiente,—añade:

"Antes de que este trabajo del señor Ewald apareciera habíamos ya comparado la "Vida de Jesús" del señor Renan con el texto alemán de la "Historia del Cristo" del señor Ewald y habíamos verificado super-abundantemente eso de que se queja el señor Ewald. Todos los más hermosos fragmentos del señor Renan sobre la grandeza y la belleza de la obra y de la persona de Jesús son la reproducción de las ideas del señor Ewald.

Habíamos notado sobre todo el principio de un capítulo, con sus notas al pie de la página, transportado todo entero del libro del señor Ewald "no citado" al libro del señor Renan".

En buenas cuentas, todo lo feo y lo malo que hay en la "Vida de Jesús" pertenece a Renan, y todo lo bello y lo bueno que hay en el libro pertenece a Ewald.

Así se explica el indescifrable enigma que siempre fué para el público profano ese endiosamiento artificial y absurdo que Renan hace en algunos pasajes de su libro del aldeano ignorante, anarquista a veces, juglar otras, que es Jesús en todo el resto de la obra.

Ya lo vé el señor Pinto Durán: no fué el modesto conferenciante del Teatro Miraflores quien ha señalado los plagios de Renan: han sido dos "altas cumbres del pen-

samiento europeo”: Gratry, miembro de la Academia Francesa y Ewald, jefe de la escuela bíblica racionalista de Göttingen, y considerado como el primer orientalista de la Europa moderna.

No tenía, pues, el señor Pinto Durán ningún motivo para tratarme a mí de impertinente y de sectario. Los impertinentes y los sectarios son en este caso “dos altas cumbres del pensamiento humano”.

Por lo demás, yo no le he dado en mi conferencia mayor importancia a estos plagios de Renan, descubiertos por Ewald y por Gratry; y me expresé sobre ellos en una forma más bien humorística, como puede verse en el siguiente pasaje de mi conferencia:

“De modo, señores, que aquellos brillantes y aquellos diamantes de la joyería bíblica que el señor Renan tenía en París, con los cuales tanto me entusiasmé al término de la primera parte de esta conferencia y con las cuales quería hacer una corona para colocarla, quitando la de espinas, en la frente del Salvador del mundo, eran joyas robadas de la joyería bíblica que el señor Ewald tenía en Göttingen (grandes risas en el teatro)”.

### Segundo error

El segundo error del señor Pinto Durán consiste en afirmar que Renan escribió su “Vida de Jesús” sin prejuicios (“desprejuiciadamente” es el terrible adverbio que usa el escritor antofagastino; el cual, por cierto, no es vocablo castellano).

En la introducción a su libro Renan advierte al lector que se propone trazar la imagen histórica de Jesús examinándola no conforme a la técnica propia de las ciencias históricas—como precisamente lo hace Ewald—sino aplicándole el molde de las ideas filosóficas y pseudo científicas que reinaban en su época (1860).

“Quien acepta lo sobrenatural en la historia, dice Renan, se coloca fuera de la ciencia”.

“Si lo sobrenatural existe, agrega todavía, mi libro

—la “Vida de Jesús”—no es más que un tejido de errores”.

La ciencia alemana racionalista de 1863 no solo calificó el libro de un tejido de errores, sino que fué mucho más lejos: lo calificó, como lo veremos más adelante, de “un ultraje a la ciencia”.

Y ese ultraje perpetrado por Renan contra la ciencia tiene su origen precisamente en el **prejuicio cientista** que domina y falsea toda su labor histórica y que a los hombres de ciencia de hoy parece no solo erróneo sino también candoroso y pueril.

Las cuatro quintas partes de los miembros de la Academia de Ciencias de París y los dos tercios de la Real Sociedad de Londres admiten hoy la existencia de lo sobrenatural, y sus declaraciones constan de encuestas debidamente protocolizadas.

A todos ellos los habría colocado el literato Renan fuera de la ciencia; pero, en revancha, todos le habrían dicho al literato:

“Puesto que lo sobrenatural existe, su libro—la “Vida de Jesús”—según sus propias palabras, no es más que un tejido de errores”.

### Misteriosas armonías

“¿Qué puede tener entonces de extraño, se pregunta el señor Pinto Durán, que el genial escritor francés haya coincidido en muchos puntos con el ilustre profesor alemán? En los grandes escritores que señalan las más altas cumbres del pensamiento hay como un sentido humano que por momentos parece confundirse en misteriosas armonías”.

En este tercer error—o plancha—más grande todavía que los dos anteriores, no habría incurrido el articuista si hubiera tenido la prudencia, antes de escribir, de leer el texto de mi conferencia.

He aquí algunas de esas **misteriosas armonías** que el señor Pinto Durán habría sorprendido:

**Renan:** “Jesús no tiene ninguna idea de... Jesús no su-

po nada de... Jesús no tiene la menor noción de... Era un joven aldeano... Un poco sofista... Anarquista bajo ciertos aspectos... Muchas tinieblas se mezclaban a sus vistas..."

**Ewald:** "El es el Cristo, el Mesías único, el Salvador esperado, la flor, el fruto de toda la historia humana.

El es el Verbo de Dios, que sabe por la palabra humana, por todo su ser y por toda su acción, hablar y obrar como Dios mismo; que sabe poner a la luz las profundidades de Dios y revelar al mundo, con una eterna, imperecedera y omnipotente revelación, el espíritu mismo de Dios".

**Renan:** "Es probable que muchas de sus faltas hayan sido disimuladas..."

**Ewald:** "Es precisamente la pureza de este Cristo histórico lo que hay en El de más poderoso, lo que hay en El de único, de superior a todas las otras sublimidades humanas, lo que hay en El de maravilloso y de mil veces más maravilloso que todo milagro; es eso lo que constituye para este espíritu (el de Renán), el más oscuro enigma; y con la ligereza más extraña él mezcla en esta historia de una pureza y de una sublimidad incomparables, los pensamientos y las imaginaciones más falsas, más bajas y, digámoslo, más indignas".

### Milagros

Para añadir una más a este ramillete de misteriosas armonías entre Renan y Ewald, descubiertas por el señor Pinto Durán, he aquí, en síntesis lo que el uno y el otro piensan sobre los milagros de Jesús:

**Renan:** "Nos es fácil a nosotros, impotentes como somos, llamar esto mentira (los milagros de Jesús) y, fieros de nuestra tímida honradez, tratar con desdén a los héroes que han aceptado en otras condiciones la lucha de la vida. Cuando nosotros hayamos hecho con nuestros escrúpulos lo que ellos hicieron con sus mentiras (la fundación de una religión por Jesús) tendremos el derecho de ser severos para con ellos".

**Ewald:** “Pero aparte de estas curaciones que, según todos los documentos eran su obra de todos los días y cuyo número inmenso no está sino indicado en el Evangelio, es preciso distinguir particularmente otros hechos más sorprendentes todavía, como las **resurrecciones de muertos, los millares de hombres nutridos con algunos panes y algunos peces, el cambio del agua en vino, el apaciguamiento de la tempestad, la marcha sobre las aguas y las curaciones a distancia y por la simple irradiación de su espíritu.**

Estos hechos pertenecen ciertamente a los primitivos datos evangélicos”.

### Renan y la ciencia alemana

La escuela racionalista de Tubinga emitió por boca de uno de sus más ilustres profesores, el señor Keim, el siguiente juicio definitivo sobre la “Vida de Jesús” de Renan:

“Es una novela . . . Son nuevos Misterios de París (célebre novela de Eugenio Sue), escrito con rapidez para divertir en un terreno sagrado, a un público de profanos. . . En todas las cuestiones graves el libro es nulo científicamente.

En vez de burlarse de esta grande historia de Jesús que todos los siglos contemplan con recogimiento, en vez de adular a los espíritus fatigados, de contristar a los creyentes, y de **ultrajar a la ciencia. . .**”

El señor Colanĭ, autor racionalista de Estrasburgo, a quien Renan cita con autoridad en la introducción de su libro, dice entre muchas otras cosas las siguientes:

“Todo este cuadro, lo repito, es de **pura invención** en cuanto a los hechos y aún en cuanto a las fechas. Pero lo que es mucho más grave es el **procedimiento inaudito** por medio del cual el señor Renan, rompiendo en mil pedazos los relatos y los discursos de los Evangelios, distribuye sus fragmentos como mejor le parece. . . Aquí toda discusión es inútil. . . Bastará con protestar **enérgicamente** contra estos perpetuos golpes de Estado; y protes-

tar, no en nombre de un prejuicio religioso, sino en nombre de la ciencia, en nombre de la crítica, en nombre de la historia”.

### Ignorancia

¿Cuáles pueden ser las causas, se pregunta Ewald, que mantienen al autor (Renan) tan por debajo de su tema, “de este tema que él ha escogido libremente?”

“La primera de todas, se contesta él mismo, es que no ha sabido relacionar a Jesucristo con el conjunto de la historia de Israel”.

En otras palabras, la primera y la más importante de estas causas es la ignorancia del señor Renan.

Nunca se habrá podido decir con mayor razón que “la ignorancia es atrevida”.

Santiago, 28 de Agosto de 1935.

El mejor tónico cerebral

# Fitosan

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

Carlos Peña Otaegui.—

# LA INGLATERRA CATOLICA

DE

## Antaño y Ogaño

TRES SIGLOS DE PERSECUCION

(Conclusión)

Por medio del terror, por obra de la fuerza, y mediante la obediencia ciega a las órdenes del Soberano, innata en todo buen inglés de la época, gracias principalmente a la codicia de los grandes y a la timidez del clero y del pueblo, poco a poco se fué aceptando el cambio de Religión, e infiltrándose, sin que la masa de los fieles, ignorante o indiferente se diera cuenta del cambio, las ideas calvinistas y luteranas que en el reinado de Eduardo hijo de Enrique y de Jane Seymour, niño gobernado por regentes protestantes, y en el largo reinado de Isabel la "good queen Bess"—que no era buena, a pesar de su nombre—fueron transformando la Iglesia cismática de Enrique VIII en una de las múltiples denominaciones del protestantismo

Una vez muerto Enrique, la nueva liturgia, obra de Cranmer, fué concluyendo con los dogmas del Catolicismo que el anglicanismo había aceptado en un principio. El "Libro de la Oración Común", cuyo empleo fué hecho obligatorio por ley, acabó con la idea del sacrificio en la Misa, que tomó el nombre de "Servicio de comunión. No más sacerdote sacrificador, no más altar, sino un pastor casado, una mesa y un libro: La Biblia.

El último deán de la Colegiata de Manchester en 1566 dejó en evidencia el horror con el cual el clero católico miraba los oficios del "libro de la oración común" cuando dijo: "no hay un obispo o buen sacerdote de Dios, que

esté presente a la comunión cismática hoy día en uso, y por lo cual han preferido abandonar sus beneficios. Algunos están en la cárcel, otros en el destierro, y no solamente en el clero, sino también entre los laicos, rehusan asistir al servicio cismático”.

Durante todo el siglo XVI y el XVII, el furor iconoclasta continuó sus devastaciones. Se destruyeron las imágenes de piedra de las iglesias, se blanquearon las paredes de los templos, haciendo desaparecer tantas pinturas de interés, se vendieron al peso los manuscritos—muchas veces obras de arte únicas—a los tenderos para envolver sus mercaderías, las fuentes bautismales fueron transformadas en depósito de agua y de leche, los cálices en copas o en saleros, los ornamentos en cortinas.

Ante la persecución, los católicos ingleses, como hicieron los rusos que lo pudieron, se refugiaron en países extraños, y atravesaron por milares al continente.

Frailes y monjas fundaron conventos netamente ingleses, o se unieron a casas ya establecidas, tanto en Flandes como en Francia y en España, y hasta en Alemania. Hubo jesuítas ingleses en Amberes, canonesas en Lovaina y en Brujas, benedictinos en Douai, en París, en Dieulouard, las Brígidas de Syon Abbey se establecieron en Lisboa, las benedictinas irlandesas en Yprés, las “English Ladies” en Baviera. En Salamanca, en Valladolid, en Lisboa, en París y en Roma hubo seminarios ingleses, escoceses e irlandeses, que florecen aún, recuerdos vivos de un pasado muerto. Fueron aquellos los reductos de la Fé católica de donde salieron centenares de misioneros, centenares de mártires hasta el momento en que la restauración de la idea católica en el Reino Unido, les permitió volver a la patria donde están hoy establecidos.

Si algo se apaciguó la persecución sanguinaria, no por eso fueron los católicos mejor tratados. Las leyes les reservaban todas las vejaciones, contribuciones y multas de excepción. El católico que no concurriese a las pláticas, pasado los 16 años, era condenado a una multa de £ 20, suma considerable, entonces. Era sometido a las visitas

nocturnas de las autoridades policiales. El sacerdote papista no podía penetrar al Reino bajo pena de alta traición, y esto significaba la muerte, según la invariable fórmula: "to be hanged drawn and quartered": serás ahorcado, arrastrado y descuartizado. La pena menor que era la cárcel, era ella misma horrorosa. Cuántos se murieron de hambre en los calabozos de la Torre después de largo martirio. Un contemporáneo de los hechos declaraba que los prisioneros eran alojados como puercos y alimentados como perros.

El católico estaba sometido a todas las vejaciones como a todas las injusticias, por ejemplo, en el siglo XVI, el "popish man" recibía por precio de su salario por la siega de un acre de pasto 6 peniques, mientras el "no popery man" ganaba en el mismo trabajo 3 chelines y 7 peniques.

En los primeros años del siglo XVII, reinando Jacobo I, el Gobierno de S. M. B. percibía la suma considerable de 452.720 £. de los católicos que se negaban a asistir a los servicios anglicanos, suma que hay que multiplicar por 5 para reducirla a su valor actual.

El "non juror", es decir el que se negaba a prestar el juramento de obediencia al Rey, el "Allegiance Oath", tan hiriente para las conciencias católicas, no podía entrar a la corte ni tomar asiento en ambas Cámaras. No le era lícito alejarse más de cinco millas de su casa. La buena Reina Ana, en 1704, debía privar a sus sujetos católicos del derecho de heredar.

Por odio a todo lo que era papista, Inglaterra o mejor dicho el Parlamento inglés, aceptó un Rey alemán, Jorge I de Hanover, que según la frase de Paul Morand: "Ignoraba la lengua inglesa, no quería sino al ponche y a las mujeres obesas, y murió de una indigestión de melón".

Por mandato del rey hanoveriano de Inglaterra, Jorge II, contemporáneo de Voltaire, el sacerdote que celebraba el matrimonio de un católico con una protestante o vice-versa, era penado con la pena de la horca.

En 1767—es decir 22 años antes de la toma de la Bastilla—se leía en los diarios, noticias como la siguiente: “se informa al público que otra casa de misa (mass house) ha sido suprimida en el parque de Southwark, pero el oficiante pudo escapar por la puerta falsa”, una otra nota de crónica por el estilo de la siguiente: “John Maloney sacerdote papista ha sido encarcelado por haber ejercido sus funciones en Kent-Street contrariamente a la ley. Será castigado en 400 £ de multa”.

Entre otras amenidades a las que los católicos estaban sometidos, es de recordar que la ley les obligaba a entregar su coche y caballos al protestante que le diese £ 5. Así en 1776 sir William Stanley, baronet, era condenado por haberse negado a entregar su coche “four in hands” a un dignatario de la Iglesia Establecida, aficionado a los carruajes bien puestos, que le había prestado £ 20.

Una casta entera de cazadores de sacerdotes (o priests-hunters) se mantenía en pleno siglo XVIII, con las primas que le otorgaba el Fisco por sus capturas.

Sin embargo, sobre todo en los condados del norte y del oeste se mantenían viejas familias nobles fieles a la Fé de sus mayores, a pesar de las persecuciones y de las multas: los Fitzherbert de Norbury, los Weld, los Blundell, los Arundell, los Blount, los Dormer, los Clifford, Ferrers, Throckmorton, los Tichborne of Tichborne Park, los Stonor, los Bellingham of Bellingham Castle, los Petre, y muchos otros que no abandonaron nunca el catolicismo. El duque de Norfolk, el Conde de Shrewsbury, jefe de la ilustre Casa de Talbot, el Barón Sturton y el Vizconde de Stafford, eran los jefes del rebaño fiel.

¡Cuántas casas nobles y castillos muestran aún como timbre de orgullo el “priest hiding-hole”, el escondite destinado al sacerdote que sabía poder hallar allí un refugio seguro, sino cómodo, debajo de alguna escalera o detrás de la plancha de fondo de alguna chimenea. Así el noble castillo feudal de Raglan que yergue sus torres medioevales en la frontera del país de Gales, y que podía

acoger secretamente a 40 sacerdotes. Rodeado de fosos con agua, existe también una maravillosa y poética mansión del siglo XV, Baddesley Clinton en el condado de Warwick, que en trece generaciones de sus propietarios, los Ferrers, jamás ha salido de manos católicas y como tal ha sido testigo de cuántos dramas!

En sus muros seculares se lee una inscripción que es el resumen de tantos siglos de fidelidad:

“Transit gloria mundi—Fides Catholica manet”: La gloria del mundo pasa, la Fé Católica queda’.

Actualmente, si un Católico no puede sentarse aún en el trono de Inglaterra, si el Rey no puede contraer matrimonio con una papista, si un católico no puede ser Lord Canciller del Reino, en realidad éstas son las únicas prohibiciones que se mantienen contra ellos en la tan conservadora legislación inglesa.

Pronto y cuando menos se podía esperar, cuando la Religión Católica parecía definitivamente condenada a desaparecer en el reino de los Alfredos, de los Eduardos, del Venerable Beda y de Santo Tomás Moro, en plena era de la mayor prosperidad inglesa, debía tocar la hora del renacimiento católico.

## LA EMANCIPACION CATOLICA

Es interesante estudiar el resultado, a años plazo, a siglos plazo, muchas veces, pero siempre en favor de la Iglesia, de los acontecimientos que parecen a primera vista serle más adversos

Ella acaba siempre por ser victoriosa, cumpliéndose la promesa de N. S. J. C.: “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”.

En cada caso se constata esa victoria final, en el momento asignado por la Providencia, que suele ser cuando menos se piensa.

Este fenómeno lo constatamos en Francia con Napoleón restaurador de la Religión asolada por la Revolución, en Italia con Mussolini, en Suiza y Alemania después del Kulturkampf: Bismarck tuvo que ir a Canosa; lo mismo sucederá con Méjico purificado por el sufrimiento, y con la Rusia de los Soviets a la hora marcada por la Providencia. Inglaterra no podía faltar a la regla general. Los medios humanos de que Dios se valió para llegar a sus fines, fueron aquella misma Revolución que todo lo devastaba en Francia, y la persecución tenaz de los antiguos dueños católicos de la tierra irlandesa por los descendientes de los invasores protestantes, los "tambores de Cromwell".

En el curso del siglo XVIII el espíritu de tolerancia había concluído por despertar, de tal modo que cuando la emigración de ocho mil sacerdotes con 16 obispos de Francia se dirigió, buscando un asilo hacia Inglaterra, nació entre sus habitantes una verdadera emulación de generosidad en su favor.

Un Comité se había formado con ese fin, en su totalidad compuesto por anglicanos. En él se distinguía el Primer Ministro William Pitt, el gran orador Edmundo Burke, el obispo Wilberforce. En brevísimo tiempo se logró juntar la importante suma de 35,000 £ para constituir un fondo de socorro en favor de los sacerdotes franceses pobres.

¡Qué cambio más profundo en las ideas de un gobierno y de un pueblo que pocos años antes perseguía a muerte a los que lograban sorprender celebrando la Misa!

La presencia de tanto clero, entre el cual se distinguían personajes de gran valer y de profunda piedad, vino a inyectar orgullo y esperanza en el pequeño rebaño inglés abatido y desesperado tanto era lo que había visto despreciar y perseguir sus creencias.

Millones de misas, la Adoración perpetua de SSmo. Sacramento en el país de la herejía, debía atraerle las bendiciones de Dios.

En 1810, cuando el miembro de Parlamento Wyn-

dham, un protestante, introdujo el Relief Bill en favor de los católicos, se expresó como sigue, presentándolos bajo los más tristes colores, verdaderos parias en su propia patria: "Cuando hablo de la oscuridad de los católicos romanos, no quiero decir que estén desprovistos de virtudes hereditarias y de dignidad. No puedo contemplar un espectáculo más noble y emocionante que el de un gentilhomme católico anciano en el medio de su pueblo, ejercitando las virtudes de beneficencia y de hospitalidad. Si son oscuros es porque están proscritos como extranjeros en el Estado, porqué están alejados de esta asamblea, donde muchos otros, menos merecedores, pueden tomar asiento".

La Iglesia Católica se moría en Inglaterra por falta de savia, y estaba impregnada de un jansenismo que disecaba todo fervor generoso. Sus prácticas eran polvorientas y sumilas en el pesado. Se cuenta la extrañeza y desagrado de Lord Stourton, uno de los grandes señores católicos, la primera vez que oyó cantar la letanía lauretana, como también el espanto escandalizado de otro de los nobles jefes del catolicismo inglés, Lord Shrewsbury, al ver reproducido en las páginas del diario católico "The Tablet", una imagen de la Madre de Dios. Estos católicos de vieja cepa eran contrarios a toda novedad, y también a los convertidos del anglicanismo, a quienes presentaban todas las trabas a su alcance.

El Cardenal Newman ha tratado, en uno de sus sermones más celebrados, de la muerte por consunción de la antigua Iglesia nacional, y de su providencial vuelta a la vida.

"Todo parecía perdido, dice Newman, la presencia del catolicismo vino a ser un simple punto de historia al fin casi ignorado. Ya no existía la Iglesia ni tampoco una comunidad católica, pero algunos adherentes de la vieja Religión que silenciosamente se movían como recuerdo de lo que habían sido.

Se solía encontrar a una persona de edad, cruzando una calle, grave y solitaria, extraña aunque de ademán

lleno de nobleza, y considerada de buena familia, y "roman catholic". Se alzaba una casa de antigua moda, de melancólica apariencia, encerrada entre muros altos con una reja de hierro, y antiquísimas cercas de ciprés tallado, la gente susurraba que sus habitantes eran católicos, pero ¿qué significaba ese apodo de "roman catholic"? nadie podía decirlo, aunque aquello sonaba mal, y hablaba de superstición".

La célebre novelista George Elliot decía que los caballeros de campo ingleses, sabían tanto de los católicos-romanos como del mamuth prehistórico".

Pero vino la emancipación deseada, y fué O'Connell, el gran tribuno que había disciplinado a Irlanda, que la trajo consigo cuando esa masa obediente y consciente de sus fuerzas lo eligió miembro de la Cámara de los Comunes en representación del condado de Clare, en contra del Gobierno, lo que tenía que influenciar el espíritu del ministro Canning a pesar de la torpe oposición del Rey Jorge IV. Sin embargo O'Connell no pudo sentarse en el Parlamento, pues la exigencia del juramento, tan contrario a la conciencia católica, estaba aún vigente. Por fin en Abril de 1829 Peel presentó el Bill que fué votado y ratificado por el Rey.

Los católicos recuperaban gracias a la nueva ley toda libertad y sus derechos de ciudadanos. Dos años más tarde, el doble impuesto territorial a que estaban sometidos, fué suprimido.

## EL MOVIMIENTO DE OXFORD Y LA REFORMA DEL ANGLICANISMO

El movimiento de Oxford vino para el Catolicismo a completar la obra legislativa.

No nos es posible estudiarlo aquí en detalle, tanto más que debe ser el tema, con la gran figura de su animador, el Cardenal Newman, de una conferencia en este Círculo de Estudios Religiosos.

Este movimiento, había sido iniciado en el seno de la

Iglesia Establecida o Anglicana, por algunos de sus miembros más distinguidos, en mayoría miembros del cuerpo docente de la Universidad de Oxford, para modificar sus rumbos o mejor dicho, en realidad para reformarla y volverla a sus orígenes, apartándola de las influencias luteranas que, en el reinado de Eduardo VI y de Elizabeth, habían hecho degenerar la Iglesia Cismática de Enrique VIII en una secta herética lisa y llana.

La llamada Iglesia Anglicana estaba basada en los 39 Artículos que constituyen desde el reinado de Isabel su credo oficial. Según ellos, la Santa Escritura contiene todo lo necesario a la salvación. Los Concilios no deben reunirse sino con el consentimiento de los Príncipes, y como se pueden equivocar, los artículos defendidos por ellos no tienen fuerza ni autoridad alguna a menos que se pueda probar que existen en la santa Escritura.

La doctrina católica del Purgatorio, las Indulgencias, el culto de las imágenes y de las reliquias, la invocación de los Santos, son considerados como invenciones frívolas, que no se pueden encontrar en las Escrituras, y por consiguiente inaceptables.

Los Artículos no admiten sino a dos Sacramentos: el Bautismo y la Cena instituídos por N. S. Jesucristo en los Evangelios, los demás no se deben considerar como tales.

Pero como, según ellos, la transubstanciación del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de N. S. no se puede probar por la Escritura, y es contraria a los textos claros de la Biblia, ella viene a destruir la esencia del Sacramento y da lugar a supersticiones. En la Cena el Cuerpo de Cristo es dado, y recibido pero solamente de un modo divino y espiritual, y el medio por el que el Cuerpo de Cristo es recibido y comido es la Fé.

Hasta aquí las doctrinas principales y abreviadas de la Iglesia Anglicana, según el código de los 39 Artículos.

Anticipándonos a la doctrina establecida en 1906 por la Comisión Real para la Disciplina Eclesiástica, el movimiento de Oxford consideraba a la santa Iglesia Católica como un cuerpo visible en el mundo, unido por una comunión espiritual absoluta aunque dividida en seccio-

nes nacional o anglicana y extranjeras: Roma y Oriental. Esta concepción traía en ella la idea de la continuidad eclesiástica y de la íntima conexión, nunca perdida, entre la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia primitiva.

Froude, uno de los jefes del Movimiento decía que: era históricamente cierto, que Elizabeth y sus ministros reedictaron las fórmulas de la Iglesia Anglicana, de modo de hacer posible su uso a todo el que negara la aceptación del poder del Papa en Roma.

Este modo de pensar ha facilitado las coqueterías actuales entre la Iglesia Anglicana Establecida en Inglaterra y la Cismática Ortodoxa de Constantinopla.

No será tal vez completamente fuera de lugar recordar aquí un hecho desgraciadamente histórico que parece increíble a primera vista, y es, que el mejor cooperador que haya tenido la Reina para sus cambios protestantes fué —¡quién lo creyera!— el rey más católico, más odiado por lateranos y calvinistas, el que llaman el siniestro rey del Escorial y de la Inquisición, en una palabra: Su Católica Majestad Don Felipe II, que por combinaciones políticas contra el rey católico de Francia, y los demás del continente, prefirió protegerla contra ellos, y contra el mismo Papa. Llegó hasta pensar en contraer matrimonio con Isabel, contestando Don Juan de Austria en los siguientes y severos términos a la carta que sobre su proyecto le escribiera:

“El Rey puede creer que al escribir esas palabras me ruborizo aceptando una negociación de matrimonio con Ysabel, cuya vida y ejemplos dan tanto que hablar”.

No es sin duda un timbre de gloria para el anglicanismo tener por fundadores a Enrique VIII y la Reina Ysabel, como tampoco por institutor de los artículos de su nueva fé, a Tomás Cranmer.

William Cobbel que, siendo protestante, al declararse el defensor de los católicos dijo hacerlo “por un sincero y desinteresado amor a la verdad y a la justicia”, pinta a Cranmer en estos términos:

“De los 65 años de su vida y de los 35 de su madurez, pasó 29 en la perpetración de series de actos, que

por la maldad de su naturaleza, y de sus consecuencias, no tienen paralelo alguno en los anales de la infamia humana".

Como sacerdote católico, fué casado secretamente, y sin embargo juró la celibacia. En Alemania casó con otra esposa, hija de uno de aquellos —clérigos y frailes apóstatas en general— que han sido llamados "los santos del protestantismo". Como arzobispo de Canterbury mantuvo para los demás la ley de celibacia que él infringía guardando a su mujer en el palacio arquiepiscopal donde la hizo penetrar escondida en un cofre. Como juez eclesiástico efectuó el divorcio de Enrique VIII de tres de sus esposas, siendo el tenor de sus decisiones, en dos de los casos, exactamente contrarios a lo que él mismo estableciera en los casos anteriores. Mandó a la hoguera a protestantes y a católicos por no pensar como él. Este es el hombre que los anglicanos consideran como un santo mártir del fanatismo de la reina María—defensora de la Fé de la mayoría de sus sujetos con las sanciones terribles que autorizaban las ideas del tiempo—que lo condenó a morir en la hoguera a la que Cranmer había condenado a tantas víctimas menos culpables que él.

Macaulay, el gran historiador protestante inglés, puso una lápida vengadora sobre la memoria de Cranmer cuando escribió: "Murió Cranmer, porque no lo pudo impedir. Si la Reina María le hubiese perdonado la vida, sospecho que hubiera oído misa y solicitado su absolución como buen católico". Fué el colmo del oportunismo en religión.

Sea como fuera, entró en los planes de los dirigentes del movimiento de reforma del anglicanismo llamado de Oxford, entre los cuales nombraremos a Newman, Nicolás Wiseman, el arcediano Manning, los tres, futuros cardenales de la Santa Iglesia, a Froude, a Pusey y muchos otros iniciar un movimiento de depuración de las costumbres del clero y de las prácticas anglicanas, estudiando la historia de la formación de dicha iglesia, lo que debía traer a muchos de esos espíritus distinguidos y honrados al redil romano.

El clero inglés de principios del siglo XIX recordaba mucho al de Francia al estallar la revolución de 1789.

Los clergymen eran vividores, grandes cazadores, buenos para el portwine y los perros zorreros. No se molestaban mucho de prácticas piadosas, de austeridades y de liturgia. Una vez se había visto a un obispo cambiando la fecha del Viernes Santo para permitir que se desarrollara convenientemente la feria de Lichfield. Las buenas gentes se escandalizaban al ver al arzobispo de York, un hijo de lord, manejando al través de su ciudad arqui-episcopal, que por primera vez visitaba, su "mail-coach" de a seis caballos.

El pastor Wright era acusado de haber mandado cantar el Credo, en su iglesia parroquial, sobre una entonación de cuerno de caza...

Simples formas sin duda, pero que revelaban una situación espiritual muy deficiente.

El movimiento de Oxford debía tener por resultado para la Iglesia católica la vuelta a la fé romana de un grupo de miembros distinguidos del clero, como ya hemos visto, de intelectuales salidos del "alma mater" oxoniense, y de artistas, literatos y gente de nobleza, como el Marqués de Bute y el Marqués de Ripon, futuro Virrey de la India.

Para el anglicanismo tuvo por resultado la formación en su seno de la Alta Iglesia o "High Church", tendencia ritualista que se apoda a sí misma anglo-catolicismo, con todas las apariencias exteriores del Catolicismo, mientras la misma Iglesia alberga la "Low church" o Baja Iglesia, netamente y friamente protestante, y la "Broad Church" o Iglesia Amplia que encierra todas las sectas y acepta todas las variedades de creencias cristianas que quieran unirse a ella. Se puede decir que la iglesia anglicana práctica como buena inglesa, y "broad minded" también como tal, ha establecido moradas espirituales en su seno para las diferentes clases de creyentes que la forman.

Como lo ha dicho un autor inglés, la Iglesia de Inglaterra constituye hoy un verdadero "Cafarnáum de ideas", lo que tenía que ser, con prelados nombrados a la

voluntad de los ministros, a veces baptistas como Lloyd George, o presbiterianos como MacDonald o agnósticos como otros, llamados a gobernar la Iglesia Establecida.

Al que penetre a las magníficas iglesias del Reino Unido, se presentan anomalías que le extrañan, así por ejemplo en tal o cual verá desarrollarse toda la pompa del catolicismo más exacto y litúrgico, con un lujo y una seguridad de gusto pocas veces halladas en el mismo catolicismo. El que habla ha asistido a una misa en el maravilloso silencio de la Catedral de York, bajo la famosa vidriera del siglo XIII llamada "de las dos hermanas", contemporánea por consiguiente de los tiempos católicos. Era una ceremonia romana bajo todo aspectos, la casulla era del más perfecto corte gótico y de color rojo por ser día de un mártir. Todo era igual haciendo salvedad del latín reemplazado por el inglés; del rito romano sustituido por el rito de Sarum del siglo VII, adoptado por la High Church, y del público—era día de semana—constituido por una sola mujer, sin duda la del oficiante.

En la tienda anexa a la catedral, se ofrecía en venta rosarios, el Oficio Parvo de la Virgen, y hasta estatuitas —¡en muy católico yeso!—de la Virgen de Lourdes.

Es que Su Gracia el Lord—Archbishop de York, es muy resueltamente ritualista.

En tal otro templo es el vacío, una mesa, un pupitre y es todo; y sin embargo ambas iglesias pertenecen a la Iglesia de Inglaterra. Es que Su Gracia el Lord-Primate Archbishop de Canterbury es partidario de la Low-Church.

En ciertos templos se predica de la Virgen y de los Santos, en otros no se menta nunca el nombre de Cristo. Barnes, el obispo anglicano de Birmingham, es a lo más deísta, y no cree en la divinidad de Jesucristo.

## ESTADO ACTUAL DEL ANGLICANISMO Y DE LAS IGLESIAS LIBRES

El 'Church Times' del 15 de Agosto de 1924, pronunciaba este dictamen sobre la Iglesia Anglicana: "El público tiene la impresión que los maestros del pensamiento,

comprendido muchos miembros del clero no creen"; Bernard Shaw ha escrito sobre el particular que la "Iglesia Anglicana es una sociedad de gentlemen aficionados, cuya mitad pretende ser formada por sacerdotes convenientemente instruidos y disciplinados, y la otra mitad no pretende ser sino colegiales evaporados, liberados de las tonterías clericales".

Cada uno cree lo que quiere, y esa falta de seguridad en los dogmas es la mayor debilidad de la Iglesia de Inglaterra, que aleja de ella cada año grupos enteros de sus mejores feligreses, los que buscando creencias seguras y mayor austeridad, llegan hasta la puerta de la Iglesia Católica, en la cual no tardan en penetrar.

Por tales motivos, la proporción de anglicanos en la Inglaterra religiosa, ha declinado considerablemente, de tal modo que los que formaban a principios del siglo XVII el 96% de la población total del Reino, no alcanzan hoy día al 50%.

Las estadísticas dan un número de 20 millones de miembros de la Iglesia Establecida. En realidad no pasan de 6 a 7 millones de "communiquants", es decir, de fieles que concurren a los oficios.

Las "Free-Churches", o sectas protestantes libres, que son innumerables, y el Catolicismo, han sido los herederos en parte de la religión de Estado en falencia, los demás han pasado al agnosticismo y al ateísmo. Los quakers, baptistas, congregacionistas, wesleyanos y demás sectas y "chapels" de todas clases, forman una masa de 2 millones de "communiquants".

Entre estas últimas existen las variedades más extraordinarias: los Adventistas, que pasan esperando la llegada del Mesías cada séptimo día; los Cristianos Bíblicos, que no creen sino en el Antiguo Testamento; la "Gente Rara" (Peculiar People) que curan sus enfermedades por los medios de la Fé, no admiten los médicos, lo que los ha hecho perseguir muchas veces por la justicia; los Sandemnianos, Cristadelfianos, Unitarios, Svendenborgianos. En esta nomenclatura no podríamos olvidar a los Mugletonians que profesan que la tierra está solamente separada

del sol por algunas millas inglesas, los Fieles de la Aurora del Milenium, para quienes Cristo vive entre nosotros, reencarnado. Y así existen centenares de pequeñas sectas, fuera de las que, lo hemos visto, componen la llamada Iglesia Anglicana, ya que gracias al libre arbitrio nada impide que existan tantas sectas como adherentes.

La Iglesia Establecida mermada en el número de sus miembros, ha quedado, sin embargo, intacta en cuanto a la importancia de sus riquezas, que tuvieron por origen la gran confiscación a la Iglesia Católica en el siglo XVI, y que hacen de ella en la hora actual la más rica y su clero el mejor rentado del mundo. El Arzobispo de Canterbury, fuera del goce de palacio en su ciudad episcopal, de castillo o residencia veraniega, y del palacio de Lambeth que viene a ser algo como un Vaticano anglicano, tiene un sueldo de 45,000 £ al año, o sea algo más de 14 millones al año.

Sus obispos y canónigos, fuera de sueldos suculentos, tienen el goce envidiable de aquellas pintorescas casas de los idílicos "closes", tan impregnados de la paz de los viejos tiempos, que rodean siempre las Catedrales inglesas, y llaman la atención de los visitantes, con sus grandes praderas verdes bajo árboles seculares y sus fachadas floridas.

Permítaseme dar un detalle curioso que se me escapó al tratar de la Alta Iglesia anglicana, que demuestra el camino recorrido por el pensamiento de parte del anglicanismo. Su calendario que aceptó conservar a ciertos santos, guardando las fiestas de los Apóstoles y algunas festividades más "discretas" de la Virgen, y la de la Invenición de la Cruz porqué la tradición aseguraba que Santa Elena, su descubridora, era inglesa de nacimiento, repudiaba las demás. Ahora acaba de incluir al lado de muchos santos católicos, muy extrañados de verse en un calendario protestante, como Francisco de Asís y Bernardo de Claraval, San Benito y San Gregorio el Grande, Papa, a San Ignacio de Loyola—¡cosa extraña! el mismo que

fundó aquella milicia de Jesús con el fin de combatir al protestantismo!

Constituye este hecho extraño un paso más, cuán significativo, de la Alta Iglesia hacia la adopción completa de todas las prácticas y devociones del Catolicismo Romano, menos la sumisión al Papa. Ciertamente es que ya habían sido aceptados por dicho calendario otros santos jesuitas, Javier y Luis Gonzaga.

La Iglesia Anglicana, en resumen, Iglesia de Estado, es una institución hecha sobre medida, si se puede decir así, para el uso de los ingleses, poco aficionados a escudriñar verdades y a reflexionar en teologías, que encuentran en ella la solución de sus mediocres ideologías; Iglesia, sin duda respetable, servida por pastores caballeros, bien vestidos, limpios y bien educados, de vida correctísima, sin exigencias mayores ni austeridades molestas, sin credo fijo, lo que no deja de ser cómodo, dueña de monumentos de gran belleza, sin miserias ni fealdades...

La reina Victoria constituyó, sin lugar a dudas, el mejor exponente de la perfecta anglicana, era enemiga de misticismos y de devociones que no estimaba "correctas".

Se cuenta que cuando las señoras piadosas de Londres deseaban poner de moda a algún clergymán, buen predicador, ellas invitaban con ese fin a la Princesa de Gales (que fué más tarde la Reina Alejandra) porque la Reina Victoria no daba el tono, y no aceptaba el proyecto.

La Reina aceptaba ir al templo los domingos, y para los bautismos, entierros y matrimonios, pero que princesas pudieran entregarse a la devoción en día de semana, eso no lo podía comprender ni aceptar. "Todo eso es extraordinario, decía, y no me parece bien".

## SITUACION ACTUAL DEL CATOLICISMO EN INGLATERRA

Al lado del Anglicanismo, en decadencia, el Catolicismo ve cada día mejorar su situación y crecer el número de sus fieles, que se pueden considerar en su inmensa mayoría, como prácticos

Si bien es cierto que no parece posible, aunque se diga, la conversión en masa de los Anglicanos, por la diversidad extrema de sus tendencias; si no han dado el resultado que de ellas se esperaba las Conferencias de Malinas, sin embargo, el movimiento de conversiones es constante. Se producen anualmente, cada año, unas 12,000 conversiones, motivadas por los matrimonios mixtos, por la reacción contra el socialismo y la falta de seguridad de los dogmas anglicanos, como también por la cercanía de alguna iglesia o convento católico. Ha habido, en algo como un siglo, unas mil abjuraciones de "clergymen" anglicanos, que debemos considerar como verdaderos héroes de la Fé, ya que su conversión los sumía automáticamente en la miseria, pues tenían que abandonar los beneficios eclesiásticos de que gozaban, quedando reducidos a la mayor pobreza ellos, sus esposas e hijos. Uno de ellos que se lamentaba de no poder ser sincero consigo mismo, abrazando la verdadera Fé, decía tener trece razones para no hacerlo: una mujer y doce hijos ¡Triste realidad! atenuada en parte por la "Convert's Aid Society", que se preocupa de atender en sus necesidades más urgentes a los clergymen convertidos y sus familias.

El avance católico en Inglaterra es, sin embargo, hay que confesarlo, lento, pues si contamos con 2.300,000 miembros de la Iglesia Romana en el sólo reino de Inglaterra, comprendido el País de Gales, y si ella no contaba sino 36,000 en 1800, hubieran debido ser hoy día el doble al haberse aprovechado sin pérdidas la constante y considerable inmigración irlandesa a Inglaterra.

Efectivamente las vejaciones y otros factores, como la hambruna y la miseria, habían obligado a emigrar en el primer tercio del siglo XIX a centenares de miles de irlandeses que pasaron a Inglaterra los unos a los Estados Unidos, los otros, donde sus descendientes se cuentan hoy por millones.

Bajo la influencia de la emigración irlandesa, se formaron centenares de misiones en Inglaterra. Se puede decir, sin lugar a equivocarse, que su mapa religioso es en gran parte debido a esa invasión pacífica, mirada con

poquísima simpatía por los invadidos que se quejaban, y decían que los irlandeses traían consigo tres calamidades: la pobreza, el cólera y el papismo.

Sea como fuere, el Reino Unido es, hoy día, una de las grandes potencias católicas con su inmenso imperio colonial, representada en Roma, desde la Gran Guerra,— ¡vélate la cara, Buena Reina Bess!—por un ministro plenipotenciario ante la Santa Sede.

Junto con su dilatado Imperio colonial y posesiones o dominios de Australia, del Canadá y demás colonias, hay sobre territorio británico: 16.230,000 católicos, feligreses de aquella religión perseguida y despreciada, que, hace poco más de un siglo, no se conocía sino con el nombre de: "la Misión Italiana".

En Escocia, el avance Católico ha sido comparativamente más rápido, y en el puritano país de Knox y del más fanático presbiterianismo, ya se puede prever exactamente el día no lejano, en que la religión de María Estuardo y de Roberto Bruce, domine como ha sucedido en el Canadá.

Algunos datos estadísticos breves, ayudarán a comprender, más que largas frases, el progreso y la importancia creciente del Catolicismo en la vida nacional inglesa. El Parlamento que les estuvo cerrado hasta 1829, cuenta hoy día 40 miembros católicos de la Cámara de los Lores, sin contar 25 lords "por Cortesía", 51 baronets y 130 "knights" o caballeros abanderados, miembros de las Reales órdenes de Caballería; 12 son los miembros del Consejo Privado de S. M., pero solamente 25 diputados de la Cámara de los Comunes.

Entre los miembros de la Cámara Alta, mencionaremos al primer Duque, Conde-Mariscal de Inglaterra; el duque de Norfolk, jefe, se puede decir hereditario de los católicos ingleses, y a otro duque—recién fallecido—que llevaba el glorioso título en los anales militares: el duque de Marlborough.

También es "román-catholic" el heredero del héroe de Trafalgar, Sir Thomas Horatio, Conde Nelson, como

también George Asquith, Conde de Oxford fuera de otros muchos.

La influencia católica se exterioriza sobre todo por sus grandes escuelas, que frecuentan muchos hijos de familias anglicanas de preferencia a Eton y a Harrow, como ser los colegios benedictinos de Downside y de Douai-Woolhampton, y jesuítas de Beaumont y Stonyhurst. Su influencia en el mundo de las letras es sin duda desproporcionada a su influencia numérica, como también en el de las Artes.

En primera fila de los autores ingleses actuales, efectivamente, vemos a Chesterton y a Hilaire Belloc, autores de batalla, de gran fecundidad, favoritos del público, y el joven Christofer Dawson, profesor de pensamiento neto y profundo 'cosa rara—dice un crítico—en ese país en que dominan los espíritus a la vez prácticos y nebulosos.

En ese orden de cosas, es de recordar que las grandes casas de edición Burns y Oates y Washbourne son católicas, y que el gerente de Sheed y Ward, otra gran casa editorial, es un chileno: don Tom. Burns Swinburn.

Si el estado actual del catolicismo es halagüeño, el futuro permite todos los optimismos. Así lo ha comprendido, no sin las críticas de muchos tímidos, el Arzobispo Downing, de Liverpool, al iniciar la construcción de una Catedral inmensa, que promete ser la más grande del mundo, ya que San Pedro de Roma no es una Catedral, y también la más lujosa, cuyos gastos de edificación ascenderán a la bonita suma de 3 millones de libras esterlinas, hermosa prueba de confianza en la Providencia y en la victoria final!

Desde luego la tolerancia para con los católicos es muy grande. A cuántos protestantes ingleses no he oído decir: "fué la de nuestros antepasados en los antiguos tiempos". En las reuniones al aire libre de Hyde-Park, el público acostumbrado de esa clase de reuniones, permitía y escuchaba reverentemente los sermones de Dom Butler, abad de Downside, o de otros oradores de la "Catholic Evidence Guild", dedicados y formados al apostolado en la vía pública. Por su lado el mismo Gobierno, reco-

nociendo la lealtad de sus sujetos católicos, los favorece con aquella amplitud de espíritu que caracteriza la raza, por ejemplo creando capellanes militares en todos los cuerpos y en la marina, y construyendo oratorios católicos en los grandes acorazados, como ser el "Hood" y el "Nelson", pues la Marina inglesa cuenta con una fuerte proporción de Católicos-Romanos.

Paede ser curioso saber que la gran mayoría de los "bobbies", o "policemen" de la ciudad de Londres, pertenece a nuestra religión.

¡Qué mayor prueba de consideración para con sus sujetos papistas, que la supresión del juramento que pronunciaba el Rey al subir al trono, tan hiriente para sus creencias, y que Eduardo VII reemplazó por una simple adhesión a la religión del Estado...

Tal es en resumen, la obra de un siglo de esfuerzo católico. La Vieja Religión como se solía decir en los siglos pasados, ve por día crecer su importancia y el número de sus fieles; el alejamiento que, no tantos años atrás, se notaba en el pueblo, ha sido reemplazado por una franca simpatía; el sacerdote católico goza de popularidad en las masas; ¡es caritativo y pobre!

¡Después de cuatro siglos, la Iglesia salió vencedora de las Catacumbas!

Dominando la inmensa ciudad de Londres, se destaca sobre su cielo brumoso la alta torre de San Eduardo, de la Catedral de Nuestra Señora Inmaculada y de los Santos Pedro y Eduardo de Westminster, atalaya del Catolicismo inglés renacido, que parece desde lo alto interceder, bendecir, proteger, y también triunfar.

ALFREDO BARROS ERRAZURIZ

## El orden universal y la existencia de Dios

### EL MOVIMIENTO DEL MUNDO

Es un axioma de las ciencias físicas que la materia es inerte; por sí sola no puede moverse. Vemos, sin embargo, que el sol, la luna y las estrellas recorren órbitas inmensas. Igualmente se mueve la tierra, y sobre ella se mueven los vientos, los ríos, las aguas del mar; y germinan y crecen y fructifican las plantas.

Todo movimiento supone un motor que dé el impulso. Existe, pues, fuera de la materia que en sí misma es inmóvil, un principio inmaterial, una voluntad superior que imprime al universo entero esos movimientos que observamos, un **primer motor, universal, eterno, necesario**; el cual permanece inmóvil, porque no es posible una serie infinita de movimientos. Ese primer motor inmóvil es Dios, Soberano Señor de todo el universo.

Si se niega la existencia de Dios, queda sin explicación posible el movimiento del mundo. La teoría de que el poder que produce ese movimiento radica en la materia misma es contraria a la ley de la inercia; y la idea de un movimiento que carece de una causa que lo produzca es la negación de toda razón y de toda ciencia.

Explicando Iaplace el sistema del mundo decía: "Reunidos todos los elementos para la organización del mundo, falta alguien que dé el impulso". Ese alguien que imprime el movimiento al mundo es Dios, el mismo que creó los elementos que lo componen.

### EL ORDEN QUE REINA EN EL UNIVERSO

El universo, admirablemente ordenado y armónico hasta en sus menores detalles, se anuncia como la obra de una inteligencia soberana que todo lo ha previsto y regulado.

Aristóteles suponía que algunos hombres hubiesen vivido siempre bajo tierra en lujosas moradas adornadas con estatuas y cuadros y llenas de toda clase de comodidades, y que de repente pudiesen abandonar sus mansiones subterráneas para subir a la superficie y contemplar la tierra, los mares, el cielo, las nubes, la fuerza de los vientos, el sol tan hermoso que con su luz hace nacer el día, la noche que obscurece la tierra y hace brillar inmensidad de estrellas, las fases de la luna y la regularidad invariable de los movimientos de los astros, y se pregunta: ¿podrían esos hombres dudar siquiera un momento de que todo lo que veían era la obra de un Ser Supremo, Creador y Ordenador del universo?

Pero no hay para que ponerse en una hipótesis tan difícil; basta con observar nuestro propio cuerpo, el cual dice Balmes, encierra tanto caudal de previsión y sabiduría, que por sí solo bastaría para convencer de la existencia de un Supremo Hacedor. A medida que la anatomía y la fisiología van adelantando, se descubren nuevos prodigios en la organización; y siempre con unidad de fin, con sencillez de medios, y con tal delicadeza de procedimientos que asombra al observador.

Julio Favre, en su discurso de incorporación a la Academia Francesa, manifestó su creencia en Dios por el orden admirable que reina en el universo.

“Mis sentidos, dijo, me dan la prueba más brillante de la existencia de Dios, siempre reproducida, siempre nueva y nunca refutada. ¡Cómo! A cada momento somos testigos del orden admirable del universo, la ciencia nos demuestra verdaderos prodigios en la organización del más humilde gusano y, elevando nuestras inteligencias, nos pasea por los campos del espacio donde, gobernados por leyes regulares, gravitan, se atraen, y se sostienen los unos a los otros millones de mundos luminosos; y porque no comprendemos su esencia podríamos rechazar nosotros la existencia de una voluntad superior, sin la cual todas esas maravillas resultarían incomprensibles! Sin embargo, ellas existen. Nuestros sentidos las ven, nuestra razón confirma su testimonio, y la fuerza de la evidencia nos

lleva hasta Dios, cuya existencia proclaman; o bien, tenemos que negar esa evidencia, y con ella nuestra razón, es decir, degradarnos con nuestras propias manos”.

Galeno, uno de los más célebres médicos de la antigüedad, decía un día al ateo Epicuro: “Examinad atentamente vuestro cuerpo y estudiad su estructura admirable; y decidme si dudáis todavía de la existencia de Dios. Os doy un siglo para meditar, y veréis que no se puede reprochar el menor defecto a su autor, ni es posible reemplazar unos miembros por otros, sin quitarle su fuerza, su hemosura, su utilidad. Confesad que no se puede desear mayor perfección”.

El sabio Newton probaba la existencia de Dios, repitiendo estas palabras de Platón:

“Vosotros deducís que yo tengo una alma inteligente, porque advertís orden en mis palabras y acciones; concluid, pues, contemplando el orden que reina en el universo, que existe también un alma soberanamente inteligente, esto es, que existe un Dios”.

No es necesario ver al Ordenador del mundo con los ojos del cuerpo, para saber que El existe y gobierna todo lo creado. El capitán que dirige un barco va ordinariamente oculto en su cámara de mando, y sin embargo, por el curso ordenado y constante del barco, los pasajeros saben que no marcha solo, sino que va gobernado por un hombre diestro y experimentado en el arte de la navegación.

El orden del mundo no es obra del **acaso**, porque decir que las cosas han sido producidas y ordenadas por el acaso es lo mismo que decir que han sido producidas y ordenadas por la nada.

La palabra **acaso** o **casualidad** es vacía de sentido, y ha sido empleada para explicar efectos cuyas causas se desconocen. “La casualidad, decía Víctor Hugo, es un plato hecho por los pillos para que lo coman los tontos”.

Hay hechos o sucesos que llamamos casuales, pero tienen sus causas; y si les damos ese nombre es solo porque ignoramos el concurso de las causas que los han producido.

Ni vale decir que el orden que vemos en el universo

proviene de las leyes de la naturaleza, porque esas leyes reguladoras del orden son la prueba más patente de la existencia del Supremo Legislador y Ordenador, que las dictó y las mantiene y dirige.

## LA VIDA DE MUCHOS SERES CREADOS

La vida que tienen algunos seres que existen sobre la tierra, también demuestra la existencia de Dios, causa primera y fuerte de toda vida.

Hay tres clases de vida; las plantas que tienen la vida inferior que es la **vida vegetativa**; en seguida, los animales que tienen la **vida sensitiva**; y en la escala superior, el hombre que tiene la **vida intelectual**.

La razón nos dice que ninguna de esas tres vidas ha podido nacer de la materia porque nadie da lo que no tiene, y como la materia carece de vida, no puede darla. Es menester que haya un principio de vida distinto de los átomos que componen los cuerpos; de otro modo tan sin vida serían las piedras como las plantas y los animales.

El que pone ese principio de la vida en algunos cuerpos, tiene que ser la fuente de toda vida, y éste no es otro que Dios, cuya existencia proclaman los seres vivientes por el hecho mismo de tener vida.

El Evangelio nos enseña que Dios es la fuente de toda vida:

“El Verbo era Dios... Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. **En El estaba la vida**, y la vida era la luz de los hombres”. (S. Juan I, 1. 3 y 4).

San Pablo, predicando en medio del Areópago, enseñaba: “Ese Dios que vosotros adoráis sin conocerlo es el que yo vengo a anunciaros. El Dios que crió el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; **antes bien. El mismo está dando a todos la vida, y el alimento y todas las cosas.** El es que de uno solo ha hecho na-

cer todo el linaje de los hombres... queriendo con esto que buscasen a Dios... comoquiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de El vivimos, nos movemos y existimos". (Hechos XVII, 24 a 28).

Si la vida de los seres organizados no procede de la creación de Dios, habría que reconocer que ella se produce por la generación espontánea.

La teoría de la generación espontánea consiste en que dada cierta materia, en la cual no se encuentran gérmenes ocultos, escondidos o invisibles, puede desenvolverse en ella, mediante el desarrollo de las energías inherentes a la materia una serie de seres vivos. Según esa teoría, la materia inerte puede producir seres vivos con el transcurso del tiempo.

Esa teoría está absolutamente rechazada por la ciencia, y ningún sabio de verdad se atreve hoy a defenderla. después de los experimentos concluyentes de Pasteur. Todos reconocen el principio científico de que un ser viviente procede de otro viviente: **Omne vivum ex vivo**.

Rechazada la teoría de la generación espontánea, hay que reconocer necesariamente la existencia de Dios, fuente de toda vida. No hay otro término de la cuestión, y en eso todos están de acuerdo.

"Si la creación del hombre por Dios, dice Mr. Bougand, es un misterio, la creación hecha por la naturaleza es un misterio mayor. Decir que Dios creó la tierra y que la hizo capaz de engendrar al hombre es la misma dificultad, con una belleza menos y una degradación más".

Por su parte el sabio Quatrefages, resumiendo los estudios de otros grandes sabios, llega a la siguiente conclusión: "Consideramos definitivamente condenada la doctrina de las generaciones espontáneas".

Ridiculizando la teoría de la generación espontánea, los hermanos De Goncourt cuentan en su Diario que en una comida en que se reunían sabios y literatos, alguien recordó que Berthelot había pronosticado que después de cien años de estudio de la ciencia física y química, el hombre llegaría a saber lo que era el átomo y que podría a su arbitrio moderar, extinguir o reanimar la luz del sol, como

si fuera una lámpara. Otro recordó que Claudio Bernard había anunciado que antes de cien años de ciencia fisiológica se conocería la ley orgánica y se podría hacer la creación del hombre, compitiendo con el Creador.

Nosotros, agrega, guardamos silencio, sin hacer objeción alguna; pero estábamos ciertos de que llegado ese momento de la ciencia a que aludían los amigos, bajaría a la tierra el anciano buen Dios con su barba blanca, con un manojo de llaves en la mano, y diría a la humanidad como se dice en el Salón de Pintura a las 5 de la tarde: "Señores: ha llegado el momento de cerrar". . . . .

### EDUARDO DE LA BARRA ERA CREYENTE

Fué Eduardo de la Barra una de las figuras más destacadas y laureado de las letras chilenas en el siglo pasado.

Era sobrino de don J. Victorino Lastarria, maestro del más avanzado liberalismo doctrinario y a quien él llamaba su padre.

Siguió como poeta las aguas de don Guillermo Matta, que prologó en versos entusiastas en 1866 el primer volumen en que De la Barra recopiló sus poesías. Era activo socio de los centros de letras que apadrinaban entonces Amonátegui y Barros Arana y que estimuló más tarde el mecenas radical don Federico Varela.

Todas estas circunstancias y el hecho de que se inspirara alguna vez en un tema algo escabroso sobre la castidad y el amor, han dado la idea, en la historia literaria, de que era un descreído.

A este propósito, nos envía un amigo nuestro, para su publicación, una de las últimas cartas que se conservan de este poeta, la que prueba fehacientemente que era creyente. Es una hermosísima misiva que dirigió De la Barra al viejo patriarca liberal don Jorge Huneeus, cuando la muerte de don Agustín Gana, suegro de don Jorge.

Dice así la carta del poeta, escrita con la sinceridad de una comunicación familiar:

"Señor Don Jorge Huneeus.— Santiago.—Valparaíso, Abril 17 de 1884.—Mi estimado señor y amigo:

Reciba Ud. la expresión de mi condolencia por el sensible fallecimiento de don Agustín y sírvase transmitirla a Domitila y familia.

He sentido muy de veras la desaparición de este excelente caballero, primo hermano de mi padre, que siempre fué tan afectuoso conmigo.

Pero, si sentimos toda separación y toda ausencia es por natural egoísmo, sin reparar en que la muerte es un descanso y acaso un premio para los que cumplieron su tarea sobre la tierra.

Después de la dura prueba de esta vida, morir es comenzar a existir, es romper la cadena de dolores y de miserias para ir de ascenso en ascenso hacia la eterna fuente de toda luz y de todo amor.

Vivimos atados a una roca oscura batida por el viento y las olas, hasta que la muerte benigna corta las ligaduras, ilumina la oscuridad y tiende alas inmortales sobre nuestra espalda, para que comencemos el sublime excel-sior que remata en Dios!

Que El, Padre misericordioso, dé resignación a su afligida esposa y calme su dolor, son los deseos de su amigo—E. De la Barra".

# REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS

## En torno a un "filósofo"

Bastaba que llegara entre nosotros para que se le recibiera como a un sabio, como a un genio, cuya palabra ha de escucharse con tan sin igual devoción que la crítica ha de quebrar ante ella impotente su escabello. Y sin embargo Krishnamurti no aventaja mayormente a los muchos charlatanes que casi a diario pregonan sus enchapadas barajitas en nuestras candorosas ferias intelectuales. Porque el "pensador" indú no parece ser capaz ni de inventar un nuevo error, ni de objetar con más originalidad, al menos, los conceptos de religión y patria que parecen molestarle en demasía. Repite lo ya dicho por otros y todavía lo hace de manera incoherente, rodeando todo el discurso de un nimbo misterioso, lo suficientemente amplio como para esconder tras él la inepticia y el truco.

Escuchemos al azar una de sus digresiones en torno a la idea religiosa, devotamente compiladas por el señor E. A. Wodehouse: "He observado a las gentes bajo todas las condiciones de la vida y las he encontrado esclavas de sus circunstancias y de sus creencias. Las he visto cautivas por las religiosas, las riquezas y el temor, creyendo que estas cosas eran necesarias para la realización de la vida. Las he observado en medio de sus trabajos y no había satisfacción en sus corazones y grandeza en sus mentes. Y me he dicho a mi mismo: todos estos son caminos en los cuales se han creado complejidades. Debe haber un solo camino, un camino directo. Yo he encontrado ese camino y quiero enseñárselo. No encontraréis la verdad confiando en ayudas externas, ni en la religión ni en programas de conducta, ni en leyes de rectitud y moralidad, sino únicamente la podréis percibir desarrollando vuestra propia e innata energía. Estáis muy apegado a las creencias y a las autoridades; habéis luchado mucho y aún no sois felices. Habéis profesado vuestras religiones, practicado

vuestras ceremonias, consultado vuestros libros y vuestros complicados modos de considerar la vida; pero todo esto no nos aporta la felicidad. Y ahora os digo: ensayad mi ánimo..."

Pero el señor Krishnamurti, a pesar de su desprecio por las religiones, siente dentro de sí un desesperado cosquilleo por identificarse con la Divinidad y codearse simultáneamente con Cristo y Buda. Dominentos un poco la impaciencia y leamos este trozo de su "Mensaje": "Nunca dije: Yo soy el Instructor del Mundo; pero ahora que me siento uno con el Bienamado, lo digo, no con el fin de imponer mi autoridad sobre vosotros, no para convenceros de mi grandeza, ni de la grandeza del Instructor del Mundo, ni siquiera de la belleza de la vida, sino meramente para despertar en vuestros propios corazones y en vuestras propias mentes el deseo de buscar la Verdad... Por lo tanto puedo decir que yo soy uno con el Amado, ya lo interpretéis como el Buda, el señor Maitreya, Shri Krishma, el Cristo u otro nombre."

¿Puede haber acaso una simbiosis más perfecta de la soberbia y la estulticia?

No todo está con lo anterior. Krishnamurti se muestra también enemigo de las ideas de patria, de familia, de autoridad. El patriota para él es un "bárbaro"; la familia, una "jaula"; la autoridad, "una máquina organizada, opresiva, para dominar a los seres humanos". ¿Y la caridad que el cristianismo ha exaltado por doquier? Pues ni más ni menos que "la falta del sentimiento del yo". Al afamado "pensador" no puede agradar nada que reduzca en algo los límites y poderíos de este "yo" que él subraya con tantos bríos en sus disertaciones diletantes y narcisistas.

¿Qué queda después de leer u oír al nuevo Mesías? Apenas una infinita conmiseración a la vista de la informe mezcla de errores y dislates, tan malamente envueltos por el malabarista indú con su raleada cortina de humo inconsistente. "De propósito voy a hablar vagamente, explica en su "Mensaje", pues aunque podría con facilidad usar términos precisos no es mi intención hacerlo así, porque en

cuanto una cosa se define puede considerársela como muerta...” El señor Krishnamurti sabe, al menos, encontrar los límites en el estrecho laberinto de su inteligencia y con una prudencia bien digna de encomio no se aventura en incursiones que pueden comprometer su alto rango. Después de todo él es “uno con el Amado”...

### La transformación del régimen

Hemos llamado la atención varias veces desde estas mismas columnas acerca de la rara unanimidad que se está formando en la conciencia pública en torno al problema de la transformación del régimen político y social. Escritores y periodistas de los matices más variados han coincidido de nuevo últimamente en la quiebra del sistema liberal democrático fundado en el sufragio universal inorgánico y han sugerido diversas reformas al respecto. Así don José A. Alfonso, desde las columnas de “El Mercurio”, se expresa en estos términos: “Ya bastante se ha avanzado independizando el Ejecutivo del Parlamento con la adopción del sistema presidencial de Gobierno que ha venido a suprimir la absorción, en cierto modo completa, que se iba operando del Ejecutivo por el Congreso, hasta el punto de llegar a semejar el Ejecutivo un simple muñeco entregado al vaivén incesante de los partidos, de sus pasiones o, lo que era todavía peor, de inconfesables intereses individuales, todo ello, bien lo sabemos, con perjuicio evidente de los intereses generales de la nación. El Gobierno—Ejecutivo y Parlamento—para que lleve debida y puntuosamente su función, debe ser ejercido por los mejores. El Gobierno supone, en consecuencia, una selección de hombres. Y el sufragio universal está lejos de producir esa selección. Y en ello estriba la causa de su desprestigio o de su fracaso aquí y en casi todas partes.”

Avanzando ya una solución inmediata al respecto, el distinguido constitucionalista y profesor señor Guillermo Izquierdo ha sugerido la transformación del Senado en un cuerpo de base funcional. “El Senado—son sus palabras—

pasaría a ser el más alto exponente de los órganos representativos del Estado, porque reuniría en su seno un conjunto seleccionado de personeros de las distintas actividades productoras, comerciales e inteligentes de Chile: conseguiríamos reunir una "élite" que contribuiría a hacer más justa la legislación no siempre bien meditada del político profesional y procuraría morijerar los apasionamientos de la labor parlamentaria partidista; crearíamos una asamblea de técnicos que serviría de freno para detener los apasionamientos de la asamblea política y los desbordes de la ambición voraz de las colectividades políticas tradicionales, que obran más por los impulsos incontrolados de servir a los de sus filas, que por el país mismo."

Refiriéndose por su parte a la necesidad de restaurar la economía sobre la base corporativa, ha dicho recientemente el señor Manuel A. Garretón, dirigente activo de la juventud conservadora: "No es posible producir una transformación en la vida económica y social dentro de un régimen político de irresponsabilidad y de juego de partidos. Para crear un nuevo orden, que ha de ser ante todo resultado de un hondo proceso de transformación espiritual, se necesita un movimiento político auténticamente nacional, capaz de crear una fuerte conciencia en el país, para darle forma a la vida social, política y económica."

El economista señor Carlos Keller ha abundado en conceptos análogos desde las columnas de "Trabajo": "Para que las corporaciones realicen su alta misión social es preciso que en ellas no tengan intervención alguna, ni los gestores políticos ni los partidos. Esto implica, a la vez, que deben desaparecer previamente, antes de establecerse las corporaciones, los gestores y los partidos. La necesidad de solucionar previamente este problema político es una condición "sine qua non" para que funcionen las corporaciones. El régimen actual y los partidos políticos existentes no podrían cometer peor desatino que tratar de establecer, bajo las actuales condiciones un régimen semi-corporativo. Su fracaso sería absoluto."

## Habló Roma

Día a día nos trae el cable un cúmulo de noticias pesimistas sobre el problema ítalo-etíope. La guerra parece inminente y los esfuerzos de la Sociedad de las Naciones estériles como de costumbre. La institución ginebrina no pasa de ser un vulgar parlamento internacional en que los juegos e intereses políticos de círculo libran sus enconadas batallas egoístas sin importarles mayormente el bien común de la humanidad. Falta allí sinceridad, porque falta allí cristianismo. Al constituirse la Liga se dejó fuera al Vaticano por sectarismo y la ausencia de esa fuerza espiritual moderada a la vez que resuelta, cada vez se nota más en medio de la irresolución y anarquía del organismo internacional. Porque con el Vaticano se despreció la moral y las más elementales normas de convivencia inter-estatales contenidas en el derecho natural. Pero la voz augusta del Pontífice, aunque expulsada del recinto político-burocrático, no ha dejado por eso de oírse con su habitual energía. “La necesidad de expansión—ha manifestado últimamente—no constituye un derecho definido. Son las circunstancias las que deben ser consideradas, pero esto no equivale a un derecho. En forma similar el derecho de la defensa propia es claramente un derecho, pero su ejecución es injusta si no es mantenido dentro de los límites de la moderación. La necesidad de expansión no garantiza el hecho que se trate de apoderarse de lo que estima necesario a costa del atropello de los derechos de otros. La defensa propia está justificada hasta que no sea aplicada en forma excesiva.” Y en otro lugar ha dicho S. S. perentoriamente: “La guerra que es únicamente guerra de conquista es manifiestamente injusta, algo increíble, triste y horroroso, que la imaginación no concibe”...

¡Quiera Dios que estas palabras iluminen las ofuscadas mentes de los jefes de Estado y les hagan pesar sus graves responsabilidades de gobernantes de naciones civilizadas!

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

**"Piedad y Liturgia"** por Manuel Larraín Errázuriz, Pbro. Editorial "Splendor", 1935; 162 págs.

Acaba de aparecer la segunda edición de esta hermosa obra que el autor ha ampliado considerablemente. Bastante conocida y apreciada es ya para que pretendamos ahora decir algo nuevo sobre su valioso contenido, la imperiosa necesidad de su lectura y la forma bella y atrayente con que se presentan en ella los más importantes temas de la vida oficial de la Iglesia. Los que comprenden el gran valor de la liturgia, el maravilloso fondo de esa vida espiritual orgánica, y de esa oración social que compendia las voces y peticiones de todo el cuerpo místico a su Divina Cabeza y por su intermedio al Padre celestial, apreciarán debidamente el esfuerzo que tan meritoriamente realiza el Pbro. señor Larraín en pro de la restauración de la verdadera piedad.

**"Matrimonio Cristiano y Divorcio Civil"**, por Carlos Hamilton, Pbro. Doctor en Derecho canónico. Editorial "Splendor", 1935; 154 págs.

El conocido autor de las "Lecciones breves de Pedagogía Catequística" y de las "Obligaciones morales de los católicos en materia política", omísculo este último por demás elogiado por la "Civiltá Católica", la revista semi-oficial del Vaticano, acaba de dar a la publicidad un nuevo trabajo de inmenso interés e innegable oportunidad.

Soplan en nuestro país vientos contrarios a la unidad de la institución familiar y no faltan bautizados de escasa formación que estimen aceptable y recomendable la adopción del divorcio. Para ellos va principalmente dirigida la obra del señor Hamilton que, valiéndose de su sólida preparación canónica, analiza el problema en todos sus aspectos, expone con claridad el pensamiento de la Iglesia, seña-

la los resultados obtenidos en diversos países con la implantación del divorcio y refuta las frecuentes objeciones que se hacen a la conducta de la Curia romana en esta materia.

No nos cabe sino recomendar esta obra para todos necesaria en estos tiempos de desorden y obscuridad doctrinal.

J. E. G.

#### ADVERTENCIA A NUESTROS LECTORES

Por un exceso de material, no fué posible incluir en el presente número un interesante estudio del Profesor señor Guillermo Izquierdo titulado "El régimen corporativo y el Estado funcional". Aparecerá impostergablemente en el siguiente.

La Dirección.